

JORGE ALESSANDRO

LA LESGART

UNA VOLUNTAD COLECTIVA



**LA LESGART
UNA VOLUNTAD COLECTIVA**

Alessandro, Jorge

La Lesgart : una voluntad colectiva / Jorge Alessandro. - 1a ed.
- La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Periodismo
y Comunicación Social, 2020.

77 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-950-34-1878-9

1. Narrativa Argentina. 2. Narraciones. I. Título.
CDD A863

Diseño de tapa: Raul Pane
Maquetación: Franco Dall'Oste



Ediciones EPC
de Periodismo y Comunicación



LA LESGART

UNA VOLUNTAD COLECTIVA

Jorge Alessandro

Índice

Prólogo del autor	9
Intersecciones de la memoria	11
Introducción	13
El Barrio	17
Los inicios	18
Perón Vuelve	25
La campaña electoral del 73.	28
La asunción del Tío	30
Gobierno y poder	35
Ezeiza	36
Las pintadas	39
Con los pibes a la República de los Niños	40
El pavimento de “la 22”	43
La ocupación del Centro de Promoción	45
Identidad	46
Las veredas	48
La renuncia de Cámpora	49
Perón Presidente	51
Perón Presidente	54
Desplazamiento de Bidegain	56
Desencuentro	59
Un nuevo “responsable”	63
Un único heredero	64
Muerte de Perón	67
Creciente enrarecimiento del clima político	71
Ayer y hoy	72

Prólogo del autor

*“..No estoy solo en esta empresa.
Están mis compañeras y compañeros
militando un sueño colectivo;
somos el cauce de un río
que no se detiene.
Tenemos la enorme labor
de tensar la primavera,
de repartir el pan,
de contagiar la esperanza,
de ir hacia la ternura
con la música de las palabras...”
(El camino del poeta- Rolo Galante)*

Hace unos años, me llegó la noticia que se inauguraba una biblioteca popular que llevaría el nombre de Susana Lesgart. La información agregaba también que estaba ubicada en el barrio de Villa Lenci (hoy Altos de San Lorenzo).

Todo era muy extraño e intrigante al mismo tiempo, porque coincidía con la zona en donde había militado en los años setenta, en una Unidad Básica de la Juventud Peronista a la que sus fundadores habían llamado precisamente con ese nombre. La de aquella joven revolucionaria encarcelada en los confines de la Patagonia argentina y asesinada un 22 de agosto de 1972 por la Infantería de Marina. Una coincidencia asombrosa.

Ese día me acerqué al lugar y constaté que estaba a media cuadra del local donde había estado la U.B. y para mi sorpresa todavía estaba ahí, aunque algo cambiada y más deteriorada por el paso del tiempo, la “casilla” de La Lesgart.

También pude conversar con Pocha, la responsable de la biblioteca y el asombro por la coincidencia dio paso a otro mayor aun, que me llenó de alegría. Ella también

había sido partícipe de aquella experiencia militante que enmarca nuestra práctica política de entonces y que como en el caso de tantos otros compañeros se ha prolongado hasta nuestros días.

Poco a poco fuimos desandando anécdotas, que en distintas oportunidades también ampliaron y complementaron otros compañeros con sus propios recuerdos.

Fue entonces cuando me propuse recopilarlos en un texto que los recogiera como testimonio de una época en la que la política atravesó nuestras vidas y que intenta historiar una experiencia concreta en un barrio de la periferia platense.

Una militancia nutrida de un fuerte componente etario, como parte de “la gloriosa Juventud Peronista”, en el marco del proceso político que se desarrolló en aquellos años en la Argentina, y que se desplegó en valiosos ejemplos de compromiso, solidaridad y entrega.

El estímulo de compañeros que me propusieron hacerlo como un modo de expresar y dotar de sentido a aquella “voluntad colectiva”, hizo el resto.

Jorge Alessandro

Intersecciones de la memoria

La historia de la ciudad de La Plata siempre. Cada calle, casa, plaza, manzana propone pensar un territorio abierto de relatos, testimonios y memoria. Este escrito recupera imágenes de un barrio, Altos de San Lorenzo, antes llamado Villa Lenci. Un espacio habitado por trabajadores y trabajadoras, que edificaron casas, proyectos y sueños después del límite de la avenida 72 y propusieron un habitar nuevo para esta ciudad tan marcada en su seno por su trazo original anclado en la razón, o como sostiene el periodista Lalo Panceira “diseñada con escuadra, regla y tinta china”.

La pasión que despierta el acontecer de la vida la despierta aún más la política cuando se cruza con compañeros y compañeras como los que le dan nombre a la Unidad Básica Susana Lesgart. Ubicada en 82 y 22, en plenos convulsionados años 70, el nombre de la militante fusilada en Trelew, emerge en las calles del barrio y sin saberlo se convierte en un símbolo de su historia.

La masacre de Trelew es una parte oscura de nuestro pueblo, una tragedia devenida en acción política en el sentido emblemático de esos cuerpos fusilados en la memoria nacional. “El fusilado que vive”, que despierta en Rodolfo Walsh la intriga por la memoria de esos militantes arrancados de la escena política por la mal llamada “revolución libertadora”, los y las asesinadas en Trelew, los detenidos y detenidas desaparecidas y torturadas, los y las presas políticas del 55, del 76, del 2015, siguen siendo emblemas de lucha en nuestra cultura.

La Plata es esta ciudad y su región, es la historia de un territorio unido, cuyos límites impuestos por gobiernos de derecha da lugar a la sección La Plata- Berisso y Ensenada, y en cuyos caminos habitan la historia de hombres y mujeres organizando el 17 de octubre del 1945 desde los frigoríficos

de Berisso; la heroica batalla del 16 de septiembre del 1955 ante el intento de toma de la base naval Río Santiago; la resistencia de los compañeros y compañeras de los 70; el coraje de las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo (aquí la ronda en Plaza San Martín), de Rosa Brú, de Emilia Uscamayta, ambas últimas víctimas de un Estado represor bajo la condición de la democracia sin derechos.

Ese límite de la calle 72, que narra este libro, es el límite que se rompe, se trasciende, se apropia en toda su condición. Una delimitación espacial que construye identidades, que dialoga, que reconoce a ciudadanos y ciudadanas trabajadoras, madres, padres, niños, niñas, jóvenes de todas las edades que le dan vida a Altos de San Lorenzo día a día.

Recuperar la historia del barrio, sus personajes, sus luchadores y luchadoras, sus prácticas, sus recuerdos, sus encuentros y desencuentros, sus memorias, es lo más valioso que tiene la escritura. Así, en este libro podemos reconocernos, compartiendo esos relatos, que como describe Leopoldo Brizuela en una de sus novelas, nos lleva por un camino: "...a lo lejos la luz del tambo, me dice. Y subirme al rastrojero entre las dos tías y cabecear apoyada en uno u otro hombro mientras cruzábamos Eva Perón".

El relato de Jorge Alessandro nos encuentra así con múltiples intersecciones. Un cruce entre la memoria de la literatura local, las reivindicaciones de una historia nacional, los testimonios de compañeros y compañeras de Altos de San Lorenzo desde la intersección de las calles 82 y 22, y con todo aquello que hoy nos sigue conmoviendo para las luchas que fueron, que son y que vendrán.

Florencia Saintout

Introducción

Transcurría mayo de 1966 y otra vez, un golpe militar. En esta oportunidad encabezado por el General Juan Carlos Onganía, luego de derrocar al gobierno del presidente Arturo Illía, que llegó a la primera magistratura del país por la proscripción del peronismo.

La excusa invocada para este golpe fue la ineptitud del gobierno radical. En realidad, se trataba de la imposibilidad de resolver el tema siempre pendiente de la presencia insoslayable del “hecho maldito del país burgués”, el fracaso de todos los intentos habidos desde el 55 de desperonizar la memoria popular.

Acompañado por un gabinete que pobló el Estado de testaferros de los más poderosos intereses económicos locales y extranjeros, rápidamente llevó adelante una ofensiva contra la clase trabajadora. La supresión de derechos laborales, el congelamiento de salarios y la abolición de convenios fueron, en este aspecto, sus primeras medidas.

Avanzó también en la liquidación de la industria nacional, la entrega del patrimonio económico del país a los grandes monopolios yanquis y europeos y la sumisión mendicante a los organismos financieros internacionales.

Además, preanunciando sus intenciones de eternizarse, los dictadores dispusieron la prohibición de toda actividad política “ *el gobierno no tiene plazos sino objetivos...*”, afirmó Onganía a la salida de una reunión con sus pares del Ejército.

Su idea era que, cumplido primero lo que definieron como el tiempo económico y luego el social, solo recién sobrevendría la apertura a la participación de la sociedad.

La posibilidad de que la acción política fuera el camino por donde canalizar la oposición a la dictadura fue clausurada y ello incentivó la puesta en práctica de nuevas formas de protesta.

La expresión más nítida y la respuesta popular más clara contra el gobierno militar fueron las numerosas puebladas, que a fines de los sesenta y principios de los setenta, se sucedieron en nuestro país. Villa Ocampo en Santa Fé, Corrientes, Rosario, Salta, Tucumán y el Chocón, entre otros, fueron el epicentro de aquellas verdaderas insurrecciones populares, que tuvieron en el Cordobazo, ese “profundo sacudimiento” que llegó desde el interior, su mayor trascendencia.

De modo soterrado fue desarrollándose otra de las respuestas a la opresión dictatorial: la violencia política, de la mano de las nacientes organizaciones políticas militares.

Distintos grupos políticos, con experiencias y concepciones diversas comenzaron cada uno por su cuenta, a desarrollar la lucha armada, como forma de derrotar a la dictadura.

En 1968 se produjo la experiencia de guerrilla rural del destacamento 17 de octubre de Taco Ralo, en la provincia de Tucumán, llevada a cabo por las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), que, descubierto y rápidamente desbaratado, tuvo una muy corta duración, pero germinó en otras. Algunas de estas, se consolidarían a partir de grupos preexistentes en distintos puntos del país.

La provincia de Córdoba fue otro de los epicentros donde a la creciente actitud contestaría del movimiento obrero industrial, se sumaron amplios sectores de la militancia universitaria. En ese contexto comenzó a estructurarse uno de los grupos originarios de la organización Montoneros.

El general Perón, las había concebido como formaciones especiales, un modo de organización para “pegar cuando duele y donde duele”, tal como así se los hizo saber en una carta en el mes de febrero de 1971.

Entre sus miembros figuró una joven de tan solo 22 años que vivía en el Barrio Gral. Paz, de la ciudad de Córdoba, uno de los más tradicionales de la capital mediterránea.

Sus primeros pasos en la militancia política los dio en la Universidad de Córdoba, participando de la Asociación de Estudios Sociales (AES), de orientación tercermundista.

Luego fue docente y se incorporó a uno de los grupos originarios de Montoneros, que en esa provincia protagonizó numerosos actos de guerrilla urbana, aunque sin firmarlos por entonces.

Fue el mismo que el 1º de julio de 1970 tomó la localidad de La Calera, incluida la comisaría y se llevó una gruesa suma de dinero del banco local. El episodio fue considerado de un alto valor simbólico: en ese pequeño poblado serrano había combatido el último foco de resistencia peronista al golpe del 55.

En agosto se trasladó a la provincia de Tucumán como responsable política de un grupo que realizó varios operativos urbanos, hasta que en diciembre de 1971 fue detenida.

Trasladada al sureño penal de Rawson, el 15 de agosto de 1972 fue una de las protagonistas de un frustrado intento de fuga. En aquella oportunidad y luego de tomar el aeropuerto de Trelew, 19 militantes de tres organizaciones político militares fueron rodeados por la Infantería de Marina al mando del capitán Luis Emilio Sosa, quien los llevó a la Base Contralmirante Zar, donde fueron finalmente fusilados el 22 de agosto.

Se llamaba Susana Graciela Lesgart y como la de otras compañeras y compañeros, su nombre comenzó a convertirse en bandera y en referencia para nombrar los locales políticos.

El peronismo, que había asumido ser legatario de una tradición histórica y política poblada de nombres que la construyeron, siempre lo hizo de ese modo. Así lo entendieron también quienes habían decidido incorporarse a aquella continuidad resistente iniciada en 1955.

Por eso no fue inusual que uno de los locales del

peronismo, en un barrio de la “ciudad Eva Perón”, honrara el nombre de una compañera que para ellos ya se había convertido en heroica referencia de lucha y resistencia.

Fue por es que, a su Unidad Básica, la “UB”, como se decía entonces, la llamaron con el nombre de Susana Lesgart, *¡“peronista... y montonera!”*

Fue aquella una decisión política elocuente del clima de época, que impactaría en el recorrido de sus militantes.

El Barrio

Ubicado en la periferia platense, el barrio estaba poblado de casas bajas, habitadas en su mayoría por trabajadores que las habían ido construyendo de a poco, durante los fines de semana y ahorrando mango sobre mango que transformaban en ladrillos, cemento, tirantes y chapas.

Con la avenida 72 convertida en una suerte de límite con el casco urbano, se extendía por el oeste, hasta cerca de la calle 90, allí en el “fondo”, donde funciona la terminal de la línea 275 de micros y luego continuaban las quintas, en su mayoría sembradas de alcauciles. La calle 22, por ese tiempo de tierra, en ese tiempo era su principal vía de acceso. Tan solo las casas edificadas unas cinco cuadras a lo largo de la misma poseían los servicios básicos de luz, gas y agua potable.

Lo llamaban Villa Lenci y así se conocían el Club (22 y 76) y la parroquia (22 e/74 y 75), que corresponde actualmente a la delegación municipal de Altos de San Lorenzo.

La zona había comenzado a poblarse lentamente a partir de los años 1940 y 1950, producto de los primeros loteos, en parcelas adquiridas fundamentalmente por trabajadores de los frigoríficos de Berisso, de Astilleros y diversos cuentapropistas. También por empleados del Ferrocarril Provincial, cuya Estación Central, adyacente al barrio, funcionó hasta la década de 1970.

La traza, que se iniciaba en el Puerto de La Plata, pasaba por la ciudad de La Plata y llegaba hasta las proximidades del Meridiano V, en el límite con la provincia de La Pampa. Había sido creada por ley 3067 del 18 de octubre de 1907 que, en su texto, llamativamente, disponía lisa y llanamente la contratación con “el señor Otto Bemberg y Compañía o la sociedad que ellos representen.”. Se trataba de un

conocido empresario, fundador del grupo al que el gobierno peronista le había expropiado algunas propiedades en razón de su enorme evasión de impuestos mediante el ardid de la constitución de sociedades anónimas en el extranjero, hasta que finalmente el grupo fue liquidado.

Con la crisis del ferrocarril y también la de los frigoríficos, la zona se estancó y recién a partir de los años 90, su población y su entramado urbano se reconfiguró, fundamentalmente por la creación de asentamientos y barrios precarios. Ello en coincidencia con una línea conceptual que reconoce que las condiciones económicas, habitacionales y urbanas desmejoran a medida que uno se aleja de la avenida 72, (límite del trazado fundacional de la ciudad) hacia el espacio rural.

Fue entonces en la intersección conformada por las calles de 22 y 82 que un grupo de jóvenes peronistas abrieron la U.B. decididos a sumarse desde allí a la actividad política.

Los inicios

“...Tenemos una juventud maravillosa, que todos los días está dando muestras inequívocas de su capacidad y su grandeza... Yo tengo una fe absoluta en nuestros muchachos, que han aprendido a morir por sus ideales. Y cuando una juventud ha aprendido y ha alcanzado esto, ya sabe todo lo que una juventud esclarecida debe saber...No luchamos contra un gobierno determinado, sino contra todos los que hacen posible la esclavitud de la Patria y del pueblo argentino. Nuestros objetivos son, pues, la Liberación del país...”

había dicho Juan Domingo Perón en su Mensaje a la Juventud, del 23 de febrero de 1971.

Aquel reconocimiento público y la posterior promoción de la representación de los jóvenes en el Consejo Superior Peronista, que además tuvo su correlato en las “directivas de unidad” enviadas oportunamente, contribuyó sin duda al desarrollo organizativo de los sectores juveniles del peronismo. De ello dio cuenta la convocatoria a los más diversos sectores del ese espacio, concretada luego en la conformación del primer Consejo Provisorio de la J.P.

Como correlato de ese proceso de crecimiento juvenil, también la geografía barrial platense comenzó a poblarse de Unidades Básicas, aquellos “fortines peronistas” como a ellos les gustaba llamarlos.

Se reconocían continuadores de aquella primera J.P. de La Plata constituida en 1957, conformada con jóvenes que habían tenido como única convicción poner sobre sus hombros la responsabilidad de enfrentar un régimen que dos años antes había vulnerado la voluntad popular y sometido al pueblo con la violencia propia de la “fuerza brutal de la antipatria”. También de la que en 1960, tras las detenciones de sus principales dirigentes durante la aplicación del Plan Conintes, se había reconstituido con una camada de nuevos militantes dispuestos a seguir luchando.

El 29 de enero del año 1972, en el Estadio del Club Defensores de Cambaceres de la ciudad de Ensenada, se realizó el primer acto de unidad de los distintos grupos juveniles de nivel nacional.

Alrededor de 3000 jóvenes fue la concurrencia que estimó el diario El Día en su edición del día siguiente, aunque entre los organizadores se coincidía en que la presencia había sido mayor. La nota también destacó la presencia de cientos de banderas y pancartas, en representación de las más variadas agrupaciones presentes y no fueron ajenas al comentario periodístico, las consignas y los cánticos

que aludiendo centralmente a aquellos que “peleaban en montón”, bajaban de las tribunas. En ese momento, el peronismo todo se había posicionado en torno de una consigna que fue progresivamente ganando cuerpo y reclamaba por “elecciones con Perón en la Patria y como candidato”.

Luis “Toto” Balestri, quien fue uno de los oradores en ese acto en representación de la JP de Ensenada, recuerda:

“...a inicios de 1971 pasé de la FURN, en la Universidad, a la JP y me destinaron a Ensenada donde había una JP con una dirigente histórica, Chiri Rios que hoy es mi señora y un grupo de mujeres, ya que la mayoría de los hombres pasaban por la JP y terminaban en los sindicatos. Fui por primera vez a Ensenada en mayo del 71 llevado por Cacho Caballero y acompañado del Tucu Heredia y Dorrego. A mediado de ese año, aparecieron unos compañeros que nos contactaron en un barrio (Mosconi) y pidieron trabajar en Ensenada. Hubo una reunión de la JP Ensenada y se decidió aceptarlos pues permitía abrir otros frentes (El Zanjon y Villa Rubencito en camino a Punta Lara) ...Ensenada concurría a las reuniones del Consejo Provisorio junto a Berisso y La Plasta. A fines de 1971, hubo una reunión donde se analizó hacer un acto..., Chiri propuso que fuera en Ensenada y argumentó la razón como distrito donde nació el peronismo (una de las columnas del 17 de octubre salió de allí) y su pertenencia a la 3° sección electoral, la más poblada y la más peronista, que suponía menor gasto en movilización y organización). Según cuenta Chiri, ante de la propuesta, un dirigente de SMATA le dijo que propusiera Ensenada que ellos apoyaban... Bueno, se aprobó la realización en Ensenada”.

También hablaron ese día Pedro “el Tio” Retamar, por Berisso y Carlos Negri representando a la J.P. de La Plata. Finalmente, también lo hicieron Alberto Brito Lima, perteneciente al Comando de Organización y Rodolfo Galimberti, en representación de la J.P. nucleada en las Regionales, también conocida como “la Tendencia”.

Todavía hoy se conservan algunas imágenes de aquel acto, filmadas por el Grupo de Cine Peronista. “Éramos docentes y alumnos de la Facultad de Bellas Artes de La Plata, que estudiábamos cine y además éramos peronistas..” recuerda todavía con orgullo Adrian Nalo Huck, uno de sus miembros.

La memoria de Miguel Vicente, quien vivió en Berisso hasta los catorce años y había ingresado en el 59 a trabajar como aprendiz en Astilleros Rio Santiago, nos aproxima a los tiempos previos a la apertura de la Unidad Básica Lesgart.

Con claridad recuerda que ya para el año 1971 se había mudado a ese barrio de laburantes, como le gusta evocar:

“ ... y al año siguiente, mi hermano Martín Mario, comenzó algunas charlas con el Negro Juan Carlos Martínez, que era su cuñado, le decían “el Alfeta” y venía de la Alianza Libertadora... El ya conocía o estaba vinculado a los estudiantes del centro... Nosotros, que veníamos del peronismo, que lo habíamos absorbido en mi casa, con mi viejo que era delegado general de YPF, que supimos de sus despidos, de los bombardeos en el 55, de los fusilamientos del 56, y en mi caso mis lecturas posteriores, decidimos armar un grupo en el barrio. En esa época llegan el Negro y Nora”.

Se refiere a Nora Peralta y Raúl Piñeyro. Ella había nacido en La Plata y el Negro había llegado desde Pehuajó a estudiar Derecho. Se habían conocido en el año 1969 y se

casaron el 22 de octubre de 1971:

“como peronistas quisimos casarnos el 17, pero no fue posible porque ese día cayó domingo, fue una ceremonia muy sencilla, a la noche los compañeros nos organizaron la fiesta en el sindicato de los trabajadores del Ministerio de Educación, que conducía Juan Agote... y la torta nos la regaló Lidia, la esposa del Gringo Bacci, quien la decoró con la imagen del escudo peronista...era una hermosura..”

recuerda Nora, que exhibe orgullosa, una foto en la que aparece en primer plano acompañando una columna de la J.P. platense en aquel acto de la Cancha de Cambaceres.

Nora y Raúl tuvieron un primer paso por la militancia en la Federación Universitaria para la Revolución Nacional (FURN), la agrupación juvenil peronista en la Universidad de La Plata, que se había formado en 1966 y de la cual Nora llegó a formar parte de su mesa de conducción.

De ese modo, aquella presencia del Negro y Nora vehiculizó la relación de los militantes de ese barrio con la J.P. de La Plata, que seguía expandiendo su desarrollo territorial y pasaba a ocupar un lugar de referencia entre las agrupaciones juveniles.

También recuerda Vicente, que;

“las primeras reuniones se hicieron en su propia casa que aún estaba en construcción, después vinieron, entre otros, el Chango Taminelli, que novió con Lía Salgado, su hermana Cristina, el “petiso” José Luis, y se sumó a trabajar también un compañero, que en ese entonces era seminarista, al que nosotros lo llamábamos el cura, pasado un tiempo le alquilamos una casilla de madera que estaba

en la esquina de 22 y 82, a media cuadra de mi casa, a una mujer que vivía en Ensenada...”.

Continuando con su relato, Miguel Vicente nos amplía:

“...del barrio participaban Bachicha, que después hizo de chofer del flaco Kunkel cuando fue Diputado, el gordo Jorge De Diego, que en esa época laboraba en Astilleros, el Gualo, Justo Palacios, el tesorero de la U.B., una compañera a la que le decían la Pocha, una morocha, alta, combativa -enfatisa-, el petiso Candal, Susana Camiña (la Pochita) y el Negro Acosta que era un colaborador nuestro, también participaron en algunas reuniones el Negrito Caballero, el Huevo Fernández y Carlos Kunkel..”.

Por su parte Juan Carlos Di Sanzo, aquel joven al que sus compañeros llamaban “el cura”, aunque en realidad todavía no se había ordenado, recuerda el clima de época en el que se sumó a la militancia:

“Yo llegué a La Plata en 1969. Los aires renovadores del Concilio Vaticano II nos impulsó a revisar nuestro compromiso cristiano y salir de los templos, para acercarnos a los sectores más vulnerables de la sociedad, que lo estaban pasando muy mal. Como estudiantes adheríamos al Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Nuestro ideal de sacerdote militante estaba en Carlos Mugica. Cuando

fuimos a los barrios más apartados de la ciudad, nos encontramos con jóvenes que ya estaban militando políticamente. Mis orígenes familiares peronistas me permitieron integrarme fácilmente y contribuir a la militancia por el retorno de Perón a la Patria. Fueron años muy intensos, de profunda discusión política. Conocí a los mejores compañeros...”

Y en relación a los comienzos en la U.B. señala:

“A pocos días de la masacre de Trelew, decidimos ponerle el nombre de Susana Lesgart como homenaje. Lo decidimos con Nora Peralta, el Negro Piñeyro, Pocha, Cristina Taminelli y su hermano el Chango... Después de Trelew, la situación se puso muy espesa y vivíamos una semi clandestinidad. De muchos compañeros no sabíamos el nombre por razones de seguridad. No obstante, el entusiasmo por el retorno nos ayudaba a superar los miedos. A fines del 72, organizábamos actos relámpagos en el centro de la ciudad. Incendiábamos alguna cubierta en el cruce de calles muy concurridas y repartíamos volantes y clavos miguelito, antes que llegara la represión. Fueron años difíciles, pero vividos intensamente, con mucha pasión. Perón en la Patria, lo exigía.”

Susana Camiña, a la que entonces llamaban Pochita (ahora Pocha) fue otra, una de tantas de esa generación de jóvenes a los que en los años setenta la política ganó para siempre. Ella se había criado en 76 y 135, del barrio contiguo denominado Elizalde, que estaba separado por las vías del ex Ferrocarril Provincial y tomó su nombre por la estación

cercana. Hoy Pocha, reivindicando su pertenencia territorial, como la de otros militantes de la zona, recuerda:

“yo era una piba y llegué a este barrio invitada por mi primo “el Sordo” Roldán y “los negros Martínez”, -se refiere a los hermanos, Pedro, el mayor y Juan Carlos-. Después comencé a venir a la U.B. con mi hermano...y ahí empecé a escuchar cosas que me llamaban la atención...¿qué pasa con esta gente que hablan distinto? me preguntaba..y me entusiasmé. En ese entonces estaban Cristina Taminelli, su hermano el Chango, que como era médico traía remedios al local de la UB. y también Lía Salgado..creo que la habían abierto en el mes de octubre del 72..”.

Efectivamente, un dato relevante es que el local de “la Lesgart” fue abierto durante el gobierno de Lanusse, el último dictador de este período de facto, lo que le dio el carácter de predecesora respecto de otras que se inauguraron en la zona con posterioridad.

Perón Vuelve

Una de las primeras movilizaciones en la que participaron, con posterioridad a la apertura de la U.B. fue la del 17 de noviembre de 1972 cuando Perón volvió al país tras su exilio de 18 años. “Allí organizamos la marcha a Ezeiza para recibir a nuestro líder...” recuerda Juan Carlos.

Aquel día se desvaneció la bravuconada de Lanusse, quien con anterioridad había afirmado que “a Perón no le daba el cuero”. Esa expresión fue tomada como un desafío, al que el peronismo confrontó con la consigna: “Perón va a volver cuando le canten las pelotas”, que se diseminó en miles de pintadas.

Del mismo modo, fracasó también la estrategia lanussista de imponer una salida política condicionada por medio de lo que llamó Gran Acuerdo Nacional (GAN).

El retorno representó la culminación de una postergada aspiración de las mayorías populares, para quienes desde 1955, junto a la recuperación de los restos de Eva Perón, su esposa, secuestrado por la misma dictadura que lo derrocó, se constituyeron en las principales reivindicaciones políticas que enmarcaron y motorizaron años de luchas y permanentes enfrentamientos.

Fue en el marco del “Luche y Vuelve”, denominación que se le dio a la campaña impulsada por el peronismo y principalmente sus sectores juveniles, que rápidamente se contagió al conjunto del Movimiento en función del retorno definitivo de Perón a la Argentina.

Representó un esfuerzo militante y movilizador enorme, puesto en función de aquel objetivo y sintetizado en esa consigna que recorrió con tanta fuerza esa última etapa de la resistencia peronista.

Aquel 17 de noviembre, multitudes de argentinos provenientes de todos los rincones del país, venciendo el cansancio de andar durante varios kilómetros sobrellevando una lluvia intensa, superando las dificultades propias de la geografía del Gran Buenos Aires, particularmente los ríos Matanza y Reconquista, fueron llegando a los alrededores del aeropuerto de Ezeiza, para recibirlo. Aunque en realidad el mayor desafío fue tratar de vulnerar el dispositivo mediante el cual las Fuerzas Armadas cercaron la zona con más de 25.000 efectivos.

Formaciones ferroviarias enteras, colmadas por centenares de militantes de las provincias del noroeste, o de la región de cuyo; largas caravanas de micros transportando contingentes de la mesopotamia o del sur patagónico y la marea humana que constituyó la movilización de mujeres y hombres del Gran Buenos Aires, confirieron a aquella jornada perfiles de verdadera proeza popular.

Entonces, aquella multitud en movimiento de noviembre de 1972, bien pudo constituir una reedición de aquel *“cimiento básico de la nación que asomaba”*, tal como definió Raúl Scalabrini Ortiz a las jornadas de octubre del 45.

Nuevamente las mayorías populares protagonizaban su propia épica y los jóvenes de La Lesgart movilizaron al barrio con el entusiasmo de ser parte de ella.

Con una emoción que prolonga la sensación de ese día, cuando debieron andar en medio del barro, por caminos anegados, Miguel Vicente señala al respecto:

“Me acuerdo que de acá del barrio participó mucha gente... caminamos un montón bajo la lluvia y nos mojamos todo pero la emoción de esperar a Perón era más fuerte...aunque los milicos no nos dejaron avanzar hasta el aeropuerto...eso nos dio mucha bronca a todos...”

Efectivamente, un vasto despliegue militar imposibilitó que la multitud que se había movilizado pudiera llegar hasta Ezeiza. De todos modos, ya cuando Perón se instaló en su residencia de Gaspar Campos en Vicente López, una vigilia constante se instaló en sus alrededores por varios días. Cientos de jóvenes de la región formaron parte de ella.

De todos modos, la presencia de Perón en la Argentina no se prolongó demasiado y tras algunas reuniones con dirigentes de distintos partidos políticos, a mediados de diciembre, luego de viajar a Paraguay regresó nuevamente a España.

Para todos quedó en claro que Perón, por propia decisión no sería candidato presidencial. En ese marco, el designado para encabezar la fórmula fue Héctor J. Cámpora, acompañado por Vicente Solano Lima, un dirigente del Partido Conservador Popular.

En tanto, durante un tumultuoso Congreso realizado en la sede de la UOM de Avellaneda, fue designado como candidato a Gobernador bonaerense, el médico de la ciudad de Azul, Dr. Oscar Bidegain.

La campaña electoral del 73.

A partir de esos días dio comienzo el proceso electoral convocado por *“una dictadura en retirada”*, tal como la caracterizaban los militantes del peronismo en sus documentos al gobierno de Lanusse, que, sin embargo, no cesó hasta el último momento de poner trabas.

La J.P se puso al hombro la campaña y los militantes de la Lesgart se volcaron con entusiasmo durante ese verano del 73 en la campaña electoral: *“Recorriamos casa por casa repartiendo primero volantes con las propuestas del Frente Justicialista de Liberación, buscando el apoyo a la fórmula Cámpora-Solano Lima y después la boleta con nuestros candidatos...”* dice Miguel Vicente.

Pocha, por su parte, recuerda que pegaban infinidad de afiches y se peleaban con los militantes radicales: *“por cuidar los carteles propios y hacer desaparecer los de los otros...un día al mediodía, en 31 y 76, donde había una panadería que tenía un paredón enorme, les rompí todos y me pegaron una corrida terrible, que si me agarran me matan...”*

“Cámpora al gobierno-Perón al Poder” fue la consigna motivadora de ese tiempo, porque sintetizaba el deseo de las mayorías, postergado durante años.

Durante ese verano, se realizó un acto en la céntrica Plaza Belgrano de nuestra ciudad frente al Monumento a la Bandera, organizado conjuntamente con el Partido Justicialista, pero en realidad el mayor esfuerzo de movilización recayó sobre el activismo de la Juventud Peronista.

Después, durante la semana previa a las elecciones los militantes de la Lesgart continuaron con la propaganda en el

barrio, “...me acuerdo que usábamos la camioneta del petiso José Luis, a la que le habíamos puesto unos parlantes arriba del techo...”, cuenta Miguel Vicente. “Era una Fiat 1500 Multicarga que le había comprado en cuotas a un ex profesor del Albert Tomas..” confirma José Luis.

Y el 11 de marzo de 1973 “...reventamos las urnas con boletas del Frente Justicialista de Liberación y ganamos en la Nación, en la Provincia y también acá en La Plata, con el Gordo Cartier como Intendente... Y ganamos en primera vuelta, no hubo ballottage..” recuerda con entusiasmo Pocha, al recordar ese momento de enorme alegría en los barrios “... festejando el triunfo popular, que se conoció por la noche..”.

Aquel resultado posibilitó que en representación de la JP platense ingresaran al Concejo Deliberante Práxedes Babi Molina (quien después accedería a la Vicepresidencia del cuerpo), Aníbal Visus y María Teresa Berardi:

“Aunque después se sumaron y funcionamos prácticamente como un solo grupo, Luis Gabriel Cazalla, que había ingresado en representación de la Alianza de la Juventud Peronista y también Stella Marys García, una compañera de ATE, Berta Rosa Centenari Heredia, que había sido propuesta por el partido y venía también de ATE, Luis María Presello que venía de la UCRI y Eduardo Bedogni del conservadurismo popular. En cuanto a Juan Pedro Brun, que era el presidente del Concejo, si bien al principio habíamos tenido algún encontronazo, luego logramos acordar políticamente y teníamos mejores condiciones de acción...” recuerda Babi Molina.

Por su parte, Carlos Negri ingresó como diputado provincial y Carlos Kunkel lo hizo como legislador nacional. Contando con el respaldo de aquella representación en el

Concejo Deliberante, los militantes de la Lesgart pudieron avanzar en la consecución algunos proyectos para el barrio.

La asunción del Tío

El lapso de tiempo que transcurrió entre el 11 de marzo y la asunción de las nuevas autoridades del gobierno popular fue vivido con alegría, entusiasmo y no poca cautela, por la presencia, aún en retirada de las FF.AA.

Por cierto, aún resonaba la amenaza de intento continuista del General Sánchez de Bustamante, recordado por haber comandado el despliegue militar del 17 de noviembre del año anterior, señalando el compromiso militar de que *“determinados valores y determinadas pautas continúen rigiendo en el país, más allá de la transferencia del gobierno”*.

Pero confiaban en la voluntad y lealtad del Tío, quien unos días después del triunfo, convencido de la responsabilidad que debía asumir el futuro gobierno popular, afirmó: *“... Ninguna acechanza tomará desprevenido al Pueblo ni su conducción”*. Y ya en su condición de Presidente electo, repasó algunas de las tareas que a su entender constituían la exigencia de la hora:

“Que todos se mantengan en estado de alerta. Que nadie se deje arrastrar por provocaciones. Que los compañeros se reúnan, y organicen. En las unidades básicas, en las fábricas, en los lugares de trabajo, en sus casas, en sus barrios. En las calles, si llega a ser necesario. La presencia activa del Pueblo debe organizar el respeto a lo que el país decidió. Hay que defender la victoria. Hay que defender el futuro de la Patria. Solo el Pueblo puede hacerlo.”

Y remató con una afirmación con la que estableció una clara línea de ruptura con la dictadura: “...Hasta el 25 de mayo el régimen. Desde entonces el pueblo”.

Era la primera vez después de muchos años, que generaciones de jóvenes, entre ellos los de “La Lesgart”, que no habían vivido el peronismo en el gobierno, pero habían escuchado en el seno de sus familias hablar de “aquellos años felices”, constataban que estaba al alcance de sus manos la asunción de un nuevo gobierno popular.

Por eso llegado el 25 de mayo participaron con el resto del peronismo platense de la movilización a Plaza de Mayo, para la asunción del Tío Cámpora.

Ese día *“fuimos en tren desde la estación de La Plata del Ferrocarril Roca que prácticamente fue copado por las columnas peronistas, hasta Constitución, en Buenos Aires. caminamos hasta el Parque Lezama, donde nos juntamos con otras columnas, entre ellas las de los universitarios y luego por el bajo llegamos a la Plaza. Entramos alrededor de las 4,30 de 25 al grito de se van, se van y nunca volverán, por los milicos...”* rememora Pocha.

Aquella columna, precedida por una enorme bandera, que aludía a los “Montoneros”, hizo ese último recorrido en un marco de vibrante alegría, aunque por momentos de tensión. Así fue al pasar frente del edificio de la Facultad de Ingeniería, que había sido la sede de la Fundación Eva Perón, y que en ese momento estaba ocupada por sectores vinculados a la Concentración Nacional Universitaria (CNU), aunque finalmente sin incidente alguno.

Aquella sí fue una verdadera fiesta popular. La Plaza de Mayo colmada, desbordante, se constituyó nuevamente en el lugar central de la celebración popular, caracterizada por una iconografía reveladora de los sectores que componían el grueso de la concurrencia.

Innumerables estandartes pertenecientes fundamentalmente a las representaciones gremiales, fueron superados sin embargo en número y tamaño por las banderas de las

agrupaciones juveniles y los enormes cartelones de las organizaciones político militares que cruzaban de lado a lado aquel escenario, coronando una multitud entusiasta que alzaba alborozada sus dedos en V.

Un marco crecientemente ensordecedor fue acompañando las columnas que desde la medianoche fueron portando millares de banderas que revelaban su pertenencia territorial a diversos frentes de trabajo político. Con euforia similar, hicieron también sonar sus históricos bombos, cantando las consignas que valoraban la presencia de las huestes juveniles - *"Acá están, estos son, los soldados de Perón"*-, entonaban permanentemente a sus líderes - *"Perón y Evita, la patria socialista"*-, aludían a las FF.AA. -*"se van, se van, se van, y nunca volverán!"*- o reclamaban la libertad de los presos políticos, -*"El tío Presidente, libertad a los combatientes!"*.

Los platenses por su parte, ubicados sobre la calle Hipólito Yrigoyen, agregaron aquella que revelaba su procedencia: - *"La Plata, La Plata, ciudad Eva Perón..."*

El esplendor de aquel día fue coronado por un sol radiante, que hasta pareció querer sumar sus rayos a tanta alegraría y le confirió el carácter de verdaderamente peronista.

El cuadro se completó con la nutrida presencia de delegaciones representantes de países extranjeros, de las que se destacaron principalmente la chilena, liderada por el presidente Salvador Allende y la cubana junto al presidente Osvaldo Dorticós. -*¡Chile, Cuba, el pueblo los saluda!*- Era el grito agradecido que llegaba nítido a los oídos de sus destinatarios en el Salón Blanco de la Casa Rosada.

El gigante imperialista del norte, en tanto, solo se limitó a enviar una delegación encabezada por un secretario de Estado.

Durante la jornada, Cárpora pronunció dos discursos, en ámbitos bien diferenciados:

Por la mañana, muy temprano, ante la Asamblea Legislativa reunida para la inauguración del 98º período

ordinario de sesiones del Congreso, desbrozó lentamente, durante casi dos horas, una extensa pieza documental, en la que recordó reiteradamente al - *“Conductor por antonomasia”*-, y a la -*“Capitana de rebeldías y lealtades”*-, los padecimientos populares ocurridos desde el *“inicio de la etapa más despiadada de la historia argentina”*, en setiembre de 1955. También reservó un párrafo a la resistencia peronista, como *“...una etapa maravillosa de la lucha de un Pueblo contra el colonialismo y la opresión”* a la que consideró *verdadera y única razón de la violencia de los argentinos*, como así también que la violencia era el *“...síntoma de una sociedad injusta...”* y que, en consecuencia, el objetivo del nuevo gobierno debía ser removerla.

Aunque los aspectos más sustanciales, fueron sus referencias al *imperialismo*, a la Argentina convertida en *campo de saqueo de los intereses extranjeros*, al sistema financiero controlado por la banca internacional como una de las facetas de la dependencia, al poder de las grandes corporaciones multinacionales, a veces superior al del propio Estado, su señalamiento de la oligarquía y los monopolios como beneficiarios directos de la explotación del trabajo humano, para concluir, recordando también los contenidos del Programa de Reconstrucción Nacional impulsado por el Frejuli.

Por la tarde, luego de recibir los atributos formales del poder y tomarles juramento a sus ministros, desde los balcones de la Casa Rosada y ante la muchedumbre reunida, tributó un nuevo gesto de lealtad a Perón reconociendo: *“Compañeros, yo sé, y por qué no lo he de decir desde este lugar histórico, que ustedes hubieran preferido ver hoy, en este balcón y con esta banda presidencial, al general Perón.”*

Era ese en apariencia, el último acto protocolar de una jornada colmada de emociones, pero la actividad prevista estaba lejos de concluir tras su saludo final y el aplauso de la multitud. Quedaba aún pendiente de cumplir una promesa electoral devenida en primera exigencia impostergable de

la creciente efervescencia popular: la libertad de los presos políticos. Esos jóvenes, obreros y estudiantes, que no han encontrado razones para creer en un sistema democrático, ni oportunidad para ejercitar el sufragio como medio de expresión de la voluntad popular y por ello poblaban las cárceles del país, tal como lo había recordado en su mensaje ante los Legisladores.

Fue cuando también y de modo complementario, les entregó el proyecto de Ley de Amnistía, convertido simbólicamente en el primer proyecto emanado del Poder Ejecutivo, como instrumento jurídico formal para viabilizar su libertad, transmitiéndoles su íntima convicción de la necesidad de un tratamiento urgente.

La evaluación más optimista había estimado en dos o tres días el plazo para que, trámite legislativo mediante y con la intervención de los respectivos jueces pudieran hacerse efectivas las libertades. No obstante, la consigna había sido otra: - *“ni un día de gobierno popular con presos políticos”* -

Por eso durante la noche, la presión popular que se concentró en torno de las cárceles fue enorme y las negociaciones que se sucedieron parecieron no poder contenerla.

Expresión unívoca de la voluntad de la multitud que se reunió en los alrededores de la cárcel de Villa Devoto, aquella consigna: - *“Primera ley del Frente. Libertad a los combatientes”* -, sonó verdaderamente atronadora.

Los portones de las cárceles no soportaron tanta presión contenida y durante esa noche, ansiosos y medio desorientados, los presos fueron abandonando los distintos penales, para reencontrarse y estrecharse en cientos de abrazos con sus compañeros, familiares y amigos, completando una jornada histórica, en Devoto, Caseros, Córdoba, Tucumán, Rawson, Chaco y los sobrevivientes de Trelew. La emoción estallaba incontrolable en el ánimo de todos.

Lo propio sucedió en La Plata, donde fueron liberados

desde la Unidad 9, entre otros, los “históricos” de Taco Ralo y hasta allí se llegaron también cientos de militantes platenses, entre los que dieron el presente compañeras y compañeros de la Unidad Básica Susana Lesgart.

Gobierno y poder

En aquel momento no pocos interrogantes se multiplicaron entre la militancia. ¿En qué consistía tomar el poder en la Argentina?, ¿Alcanzaba tan solo con la mayoría electoral alcanzada? y en su caso ¿Cuál debía ser la base de sustentación política real? ¿Qué medidas debía adoptar el nuevo gobierno?, ¿Era posible seguir dando cuenta de la tradición nacional y popular que históricamente sostuvo el peronismo?, ¿cuáles eran los alcances y las limitaciones de la construcción movimientista en aquellos momentos?

Esos y otros tantos desafíos de la etapa formaron parte de las discusiones en los locales de los distintos frentes de trabajo político.

La Susana Lesgart no fue una excepción, tampoco lo fueron las reuniones del Consejo de U.B. de la zona y era distintivo escuchar a los compañeros y vecinos también formularlas.

Unos eran optimistas y de ellos surgían siempre las apelaciones a la “confianza en el pueblo” y a “*los años de lucha y resistencia*”.

Otros, un poco más reservados, aludían a la presencia atrincherada de la oligarquía, (“*en sus guaridas asquerosas*” recordaban tal cual lo había dicho Evita) y la de las grandes corporaciones internacionales representantes de los intereses imperialistas.

De allí que se diferenciara claramente entre “Gobierno y Poder”.

Ezeiza

En junio de ese año, Perón decidió regresar definitivamente al país en el marco de un nuevo gobierno popular; fue el 20 de junio del 73.

Ahora bien, apenas trascendió la decisión de Perón de volver, los sectores internos del peronismo que tanto el 17 de noviembre del 72, como el 25 de mayo del 73 habían sido opacados por el enorme vigor y la capacidad de movilización de los sectores juveniles, se dispusieron a recuperar protagonismo y sin reparar en el costo.

Instrumento de ese objetivo, fue la Comisión Organizadora Pro Retorno, que ocupó un rol central en la planificación y control operativo del acto, aun superior al casi nulo de los organismos institucionales (Ministerio del Interior) y ejecutó la maniobra mediante la cual procuró recuperar espacios de poder dentro del Movimiento.

En los barrios el entusiasmo por ir a recibirlo era generalizado y el de la Lesgart acompañó la ilusión común de estar ese día presente, convocando con un mensaje que proponía *"..ganar la calle e imponer nuestra fiesta...para que nadie pueda instrumentar nuestro júbilo a favor de otros intereses.."*

Pocha, recuerda emocionada que en esa oportunidad, *"de la Unidad Básica salieron dos micros llenos de compañeras y compañeros...todos entusiasmados por el regreso definitivo del Viejo..."*, como le decían, apelando a una cariñosa apelación filial.

Sin embargo, para tantos de los que participaron esperando que aquella fuera una verdadera fiesta, ese día, por el contrario, culminó en una jornada anticipatoria de una lamentable violencia que se desataría al interior del peronismo.

Vicente, fue uno de ellos, se lamenta y agrega:

“...en esa oportunidad llevamos mucha más gente.. viejas, viejos, gordas, flacas, pibes, nosotros, la Susana Lesgart éramos cabeza de columna ahí...me acuerdo que llevábamos unos carteles inmensos, con esas cañas tacuaras enormes...yo llevaba una, mi hermano otra, y el gordo Jorge otra... cuando llegamos al palco, ahí sobre el puente, eso era una trinchera, estaba todo armado... por donde teníamos que entrar y por donde nos iban a cagar a tiros...yo llegué hasta el frente del palco con el brazalete de la J.P. que era negro con letras rojas ..y nos tiraban de todos lados...era una emboscada...me acuerdo que el Negro Caballero me gritó: sacátelo y tirate al suelo”.

Ellos habían ingresado formando parte de la Columna Sur, que agrupó a compañeros de Berisso, La Plata, Ensenada, Mar de Plata, Bahía Blanca y también Lanús, Quilmes, Avellaneda, Berazategui y Florencio Varela, que fue emboscada y dispersada a balazos. En los alrededores del palco desde donde debió hablar Perón, dos compañeros de la J.P. de La Plata, Quispe y Obregoso, murieron bajo las balas asesinas.

La alarma y confusión generada por los disparos que se generalizaron, acabó abruptamente con la fiesta y el Betelgeuse, un Boeing 707 de Aerolíneas Argentinas que transportaba a Perón y su comitiva, fue finalmente desviado a un aeropuerto alternativo.

Por la tarde Cámpora aludió a elementos que estaban en contra del país, que pretendieron distorsionar el acto. Pocos fueron los que lo escucharon, mientras trataban aún de regresar, tristes y confundidos, a pié o utilizando el medio de transporte que se pusiera a tiro, a sus respectivos lugares de pertenencia después de semejante desbande.

El discurso de Perón al día siguiente, y su particular

interpretación de lo sucedido, escuchado con atención por todos, fue tomado con preocupación por la J.P.

Una semana después, desde el número 6 de la revista *El Decamisado*, publicación de la JP, una solicitada ponía en palabras la mirada propia, denunciando la agresión sufrida:

“...la guardia de seguridad, organizada y dirigida por el coronel Osinde, y compuesta por matones de la burocracia sindical, la Juventud Sindical, el C.N.U. de Mar del Plata y el Comando de Organización, pertrechados con armas de grueso calibre, como lo testimonian las fotos publicadas...”.

En una solicitada aparecida también por esos días denunciaron:

“..un nuevo intento de aislar al General Perón de su pueblo, dividir al Movimiento y debilitar al Gobierno Popular..” y también advertían sobre el cerco que han mantenido alrededor de nuestro Líder...”.

La teoría que Perón estaba “cercado”, comenzó a desplegarse en sus análisis, configurando el marco conceptual de conductas futuras, que se apoyaba en una innegable dosis de voluntarismo e ingenuidad, que derivó en una notoria subestimación del Perón real.

Las pintadas

Desde sus orígenes y fundamentalmente partir del

inicio de la resistencia peronista, la militancia recurrió a las paredes y murales como un espacio para asentar allí sus consignas, conforme los distintos momentos de su historia política.

Desde aquellas dos letras, la *P* y la *V*, primer signo de resistencia, símbolo del -“*Perón vuelve*”- que había empezado a escribirse los días posteriores al golpe de 1955, pasando por la recordada consigna -“*con tiza y con carbón lo traeremos a Perón*”-, *estampada por* una desafiante militancia también clandestina o aquella otra célebre pintada de un barrio de Rosario, que afirmaba -“*Los Estados Unidos, Rusia, Inglaterra, reconocen a Lonardi. Villa Manuelita no..*”-, en los años 70, esa práctica siguió siendo una difundida metodología comunicacional

Si bien las características del barrio no daban para que los militantes de la Lesgart pudieran hacer grandes pintadas, por la ausencia de grandes paredones, sin embargo, se las rebuscaban con los aerosoles, que ya habían comenzado a usarse y dejaban para las paredes más grandes y fundamentalmente las de alrededor del Cementerio las que hacían con brochas. Y así fue que las paredes se llenaron de Luche y Vuelve.

Pocha recuerda que ella se sumaba cada vez que los compañeros salían a hacer pintadas. Ella lo hacía casi siempre acompañada de su hermano y el Sordo Roldán.

Un punto importante y elegido por la dimensión de sus paredones, como se mencionó era precisamente el Cementerio y en tal sentido cuenta Pocha:

“.. Una noche iban y lo blanqueaban y a la otra pintaban las consignas acordadas. Cómo vivían cerca, lo habían elegido en su deambular diurno, para su uso nocturno, que era el momento del día en que se hacían las pintadas. Recuerda también, que tenían un escondite en un hueco cercano al ingreso de la parte del Cementerio Israelita, al que apelaban

cada vez que pasaba la cana y que una vez, que no lograron “guardarse” allí, se salvaron “porque entre los policías había uno que era un vecino.”.

Otros eran los muros externos del Club Villa Lenci, institución un tanto venida a menos por entonces, donde ellos trataron de hacer pié para revitalizarla y en la que en oportunidades pudieron usar para realizar peñas, con la finalidad de reunir fondos.

Con los pibes a la República de los Niños

Con notoria efusividad, Pocha recuerda aquel día, instalado ya el gobierno popular, cuando desde la Unidad Básica llevaron los pibes del barrio a la República de los Niños, en Gonnet, que así se llamó inicialmente y no País, ni mucho menos Ciudad, como comenzaron a nombrarla después del 55. Al respecto Nora Peralta recuerda que:

“...fueron los compañeros de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) los que trabajaron denodadamente para confeccionar el cartel con esa denominación y reemplazar el existente hasta ese momento.”

Por su parte Pocha, señala:

“yo tenía solo 18 años y me designaron como responsable de un grupo de pibes, hasta el día de hoy me emociono cuando recuerdo la alegría – la de ellos y la mía-por conocer ese lugar creado durante el primer peronismo...”

La presencia de numerosos contingentes de niños, en conmemoración del día de “los únicos privilegiados” sobre el final del otoño de 1973 desde distintas barriadas de la zona, incluyendo Berisso y Ensenada y la ocupación de ese lugar emblemático, había sido promovida por la Comisión Pro Defensa del Triunfo y la Juventud Peronista.

Contó también con la participación del diputado nacional Carlos Kunkel, los legisladores provinciales Negri y Moreda, concejales locales, autoridades del Partido Justicialista, Carlos “el Gordo” Caferatta en representación de la Regional 1 de la J.P. y la esposa del gobernador de la Provincia, Estuvieron también presente la Directora de Promoción y Desarrollo de la Comunidad, Flora Castro y la Directora de Servicios Sociales, Amalia Ramella y se leyó un mensaje enviado por la Sub-Secretaria de Seguridad Social, María Esther Méndez.

El diario local calificó en sus páginas aquella jornada como una ocupación simbólica, en una extensa nota que reflejó la presencia de numerosas agrupaciones políticas y sindicales peronistas. También dio cuenta de la conferencia de prensa ofrecida, en la que se señaló que aquel gesto configuraba, “... una expresión del compromiso asumido por la Juventud Peronista de aplicar todo su esfuerzo en la movilización y organización del pueblo en apoyo del gobierno popular...”

En verdad, la ocupación, ese hecho inédito como lo calificaría Nora Peralta años después, formó parte de una operación convenida entre funcionarios del electo gobernador de la Provincia, doctor Oscar Bidegain y las huestes juveniles peronistas, con la finalidad de canalizar su participación institucional en la dirección del establecimiento.

Ello sucedió un tiempo después, cuando una vez que el gobierno provincial recuperó la gestión del mismo, se designó a Raúl Piñeyro en su Dirección.

La ocupación de distintos puestos en el gobierno provincial había sido propiciada por la J.P. con dos

finalidades. Por un lado, frenar el avance de los sectores considerados burocráticos del peronismo y también ello representaba la posibilidad de incidir directamente en la elaboración y ejecución de los programas del gobierno.

El caso de la República de los Niños, ese lugar emblemático creado por sugerencia de Eva Perón durante el mandato del gobernador Mercante, fue un ejemplo de esa decisión.

Una nota aparecida en la revista Magazine, de aquella época, reveló los propósitos primordiales.

Allí el que habla es el Negro Piñeyro, quien destaca dos medidas iniciales: por un lado el prolijo inventario que realizaron al hacerse cargo y la decisión de hacer caducar las concesiones privadas, por cuanto lucraban *“con lo que pertenece al pueblo, o más concretamente a la infancia”*.

Aunque la decisión más emblemática del espíritu de la misión abordada fue la de incorporar a jóvenes provenientes de los institutos de menores de la zona a las tareas de mantenimiento del predio. Piñeyro definió aquella experiencia como:

“...una oportunidad que se les da para que estos muchachos cuyas edades oscilan entre los 15 y los 19 años puedan incorporarse a la sociedad sin el resentimiento que creó en ellos el encierro...”

Tanto el por entonces ministro de Bienestar Social bonaerense, Dr. Floreal Ferrara, como el asesor en minoridad, el sacerdote Eliseo Morales aprobaron y apoyaron la medida, que se complementaba con la obligación de formarse en algún oficio y culminar su escolarización primaria.

Posiblemente llevados también por aquel aire de rebeldía y compromiso de la época algunos de esos pibes se

incorporaron a la actividad política. Tal fue el caso de Luis Fernando Sánchez quien un tiempo después en ocasión de esa militancia, fue detenido a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, alojado en la Unidad 9 de La Plata y en el Penal de Sierra Chica. Allí sus compañeros lo apodaron “Ñero” y también “Biorsi”, hasta que haciendo uso de lo dispuesto por el art. 23 de la Constitución Nacional optó por salir del país con destino a Perú.

Pocha Camiña nos cuenta que después de aquella oportunidad, un compañero de “la Lesgart”, el Negro Juan Carlos Martínez, fue nombrado como jefe de personal de la Repu, circunstancia que unida a la designación previa del Negro Piñeyro a ellos, los llenó de orgullo.

No en vano, la nota de la publicación aludida llevaba el sugerente título de “*Un ensayo para la esperanza*”.

Tampoco quizá fuera una casualidad que, tal como lo informó el diario El Día del 4 de junio de 1973, en su página 5, la única opinión crítica provino de la Cámara de Comercio local.

El pavimento de “la 22”

Un momento importante en la historia del barrio, que en la apreciación de sus militantes ofrece una pintura de la conciencia social de sus vecinos, lo constituyó la lucha por la pavimentación de la calle 22, que como se dijo era -y sigue siendo- la entrada al barrio y por donde transitaban los micros de la línea 275 cuya terminal está ubicada al fondo.

La calle, dice Miguel Vicente:

“era de tierra,..estaba pavimentada solo hasta 22 y 80 y de ahí hasta la terminal era de tierra colorada..en verano se armaba una polvareda bárbara y los días que llovía ni

te cuento. La gente iba con botas hasta la parada y ahí nos cambiábamos el calzado. Entonces nosotros empezamos desde la UB, caminando mucho el barrio..Incluso hacíamos propaganda con la camioneta de José Luis..planteamos que la gente tenía que unirse, juntarse para defender las cosas que necesitábamos..”

La asunción del gobierno popular en el 73, les permitió dar a la reivindicación vecinal un perfil más institucional, combinando la protesta callejera con el reclamo ante las autoridades municipales. Así lo confirma Vicente:

“...Después, en el 73 ya tuvimos el apoyo de dos compañeros concejales, Práxedes Molina, el Babi y también Teresa Berardi...Con ellos comenzamos a hacer gestiones para presionar al intendente Cartier, que asumió el 25 de mayo. En un primer momento “el Gordo”, nos dijo que no contaba con maquinarias, gente, ni materiales...Un día que nos fuimos a Los Hornos a participar de la inauguración de una UB, los vecinos volvieron a salir a la calle por la suya, comenzaron a cavar zanjas, a cruzar ramas, palos y troncos, el carnicero cruzó el camión –después lo llevaron preso, por eso-. Cuando llegamos, la cana ya había arrasado y se produjo un desbande bárbaro, se llevaron también a la Pocha, la grandota que salió a pelearlos...Pero al otro día, aparecieron obreros municipales, máquina y materiales... Nosotros a la vez presionamos ante la línea de micros, que cambiaron el recorrido y se desviaban unas cuadras para que colaboraran...incluso “alguien” tiró clavos miguelitos... casi 76 cubiertas se les reventaron...Y así, se logró el asfalto hasta el fondo.”

Pocha, en tanto, recuerda de aquel episodio que tuvo que correr bastante, hasta la casa de su primo, que quedaba en 78 e/ 18 y 19 y también, con picardía, la cuestión de los clavos “miguelitos”, que desparramaron en esas jornadas, cuyo autor también recuerda, aunque su nombre se lo reserva “*por si todavía el hecho no prescribió*”.

La ocupación del Centro de Promoción

Otra circunstancia memorable -recuerda Vicente- ocurrió cuando:

“en el 73, fuimos a tomar el Centro de Promoción que existía en el barrio...lo habían abierto los milicos y como no había Concejo Deliberante, tenían contacto desde ahí con los vecinos, donde metían gente de ellos, asistentes sociales y colaboradoresEntonces hablamos con el Babi, un día fuimos, entramos y lo tomamos y a partir de allí fue el barrio quien se hizo cargo y empezaron a participar los propios vecinos con actividades que ellos proponían. Incluso a una vecina que trabajaba ahí, logramos ponerla de efectiva en la Municipalidad...”

En la noción peronista de la comunidad organizada, aquellos espacios debían ser recuperados para canalizar la participación y posterior organización vecinal, “*para la implementación del poder político propio para consolidar el gobierno y alcanzar el poder señalaban*”.

De algún modo, aquellas actitudes respondían también a la propuesta de funcionamiento de lo que se habían definido desde el gobierno municipal como Unidades Barriales para orientar la participación popular, a través de

un canal fluido de cogestión, para el impulso de toda la política y la vida comunal.

“...Eso se imitó también en otros barrios, como en Villa Montoro, en la U.B. donde militaban Tatú y la Negrita”, continúa Vicente, a quien una profunda tristeza lo invade al referirse a Mirta Mabel Aguilar y Roberto Moises Basile, ambos militantes de la J.P. de La Plata. Ella era oriunda de Carlos Casares y él de Benito Juárez y habían venido a estudiar Derecho. La madrugada del 13 de marzo de 1975, cuando salían del velatorio de otro compañero de militancia, el Rusito Carlos Ivanovich, del cual habían salido con la finalidad de buscar una bandera argentina para envolver su féretro, fueron asesinados por la Triple A.

Identidad

Una anécdota muy particular vivió Pocha aquella vez que confundieron su nombre. Todo sucedió cuando los compañeros de la U.B. organizaron una función de cine en una sala del Jardín de Infantes, que se había conseguido por la gestión de una compañera vecina.

“...pasaron Operación Masacre, la película sobre los fusilamientos de junio del 56...yo nunca había visto nada sobre aquello y la verdad que quedé conmovida...y también porque ese día confundieron mi nombre...sucedió que en esa oportunidad se vendieron unas rifas, para el sorteo de una torta y yo compré varias a nombre de la UB. Cuando hacen el sorteo, sale uno de los que yo tenía y leen Susana Lesgart... entonces levante rápidamente la mano y después todos me llamaban por ese nombre...todavía hoy se me pone la piel de gallina cuando lo recuerdo.”

Filmada en la clandestinidad durante esos años, la película se basó en el libro homónimo escrito por Rodolfo Walsh, que reveló la trama de los fusilamientos de José León Suárez luego de la sublevación del 9 de junio de 1956 contra la Revolución Libertadora, encabezada por el general Juan José Valle.

Dirigida por Jorge Cedrón, tuvo entre sus protagonistas a Julio Troxler, histórico militante de la Resistencia Peronista y en ese carácter, uno de los sobrevivientes de los fusilamientos.

Sobre el final, quizá porque sintetiza los fundamentos de su militancia un pasaje que resulta para Pocha *“el momento más relevante y dramático de la peli”*. Se refiere al momento en que Troxler se formula esa pregunta esencial y cuya respuesta es la clave recurrente de la historia de nuestro país, desde hace más de 70 años.

“Qué significaba este odio? ¿Porque nos mataban así? Tardamos mucho en comprenderlo...por peronistas...el peronismo era una clase, era la clase trabajadora que no puede ser destruida, el eje de un movimiento de liberación que no puede ser derrotado y el odio que ellos nos tenían era el odio de los explotadores por los explotados...”.

Otra de las películas que circuló también en locales y unidades básicas durante ese tiempo, y que era utilizado como material de debate, fue *“La Hora de los Hornos”*, dirigida por Octavio Getino y Fernando “Pino” Solanas, integrantes en ese entonces del Grupo de Cine Liberación. Realizado de modo clandestino, todavía hoy es considerado un documental emblemático del cine político nacional.

Las veredas

Otra tarea comunitaria importante impulsada desde la U.B. fue la construcción de lajas para hacer veredas. En consonancia con la caracterización que el propio Perón había hecho de aquella etapa, como de “reconstrucción nacional” la J.P. impulsaba de ese modo también las actividades de reconstrucción en su ámbito de militancia, en este caso se trataba de las veredas que realizaban en el barrio.

En aquellas calles la mayoría de tierra, la construcción de veredas transversales a la 22, para permitir el acceso de los vecinos a las paradas del micro era una reivindicación importante del barrio y en su resolución se abocaron los militantes.

Al principio usaban un sistema de moldes para el armado de lajas. Al respecto recuerda Vicente:

“Yo hice un molde grande, de madera, de tres lajas... los vecinos colaboraban con arena, cemento... nos juntábamos todos y trabajamos los fines de semana... y cubrimos las calles 22 y por 23...una noche, los tipos que habían estado en el Centro de Promoción, un tal Alonso, que era milico, les grabaron a las lajas el nombre del Centro de Promoción, sin darse cuenta que ya no lo manejaban ellos”.

Con el paso del tiempo y el cambio en las relaciones políticas aumentaron la cercanía con el municipio y la metodología utilizada fue otra. Así la cuenta Vicente:

“.. Después el Negro Martínez consiguió que nos dieran un camión lleno de las veredas de las tumbas, del cementerio

quedaba como un marco, salían limpitas y después les rellenábamos el centro con el pastón y las poníamos en fila”.

Fueron en jornadas como esas, entre mate y mate, armar la mezcla, cargar la carretilla y volcar su contenido, que se filtraba y enriquecía el debate entre los militantes. Del mismo modo que coyuntura y mirada estratégica convivían con las demandas cotidianas, allí en el barrio.

Como una continuidad de aquellas prácticas, hasta no hace muchos años, en alguno de los barrios donde la J.P. aplicó esa metodología, perduraban algunos tramos de esas veredas y memoriosos vecinos recuerdan aún, el paso de las huestes juveniles por ahí.

La renuncia de Cámpora

Después de los acontecimientos de Ezeiza, varios sectores internos del peronismo, en particular el sindical, emprendieron una avanzada por desestabilizar el gobierno de Cámpora.

Prueba de ello fueron las declaraciones del dirigente metalúrgico y vice-gobernador bonaerense Victorio Calabró. Las hizo el miércoles 11 de julio de 1973, afirmando:

“Estando el General Perón en el país nadie puede ser Presidente de los argentinos más que él...tanto Cámpora como cualquier otro argentino puede agradecer la suerte de haber llegado a ocupar el lugar que merecidamente debe ocupar Perón y debe estar muy satisfecho con haber estado desde el 25 de mayo hasta ahora y brindarle al general Perón lo que le corresponde...”.

Esas palabras fueron la avanzada verbal de quien desde el primer día de gobierno presionó para ello, enancado en lo que había sido una reivindicación histórica del peronismo.

A su turno, desde la secretaría de prensa de la CGT se aseguró que el único que podía garantizar el orden que querían los que -“*tienen la torta*”-, y evitar -“*desbordes por izquierda*”- era Perón.

La embestida se completó con una afirmación premonitoria del Secretario de la CGT, José I. Rucci, el 12 de julio durante un almuerzo con legisladores de extracción gremial, cuando dijo: “*se acabó la joda*”.

Aquellas expresiones formaron parte de la carrera a la que se lanzó buena parte del sindicalismo, creyéndose habilitado para convertirse en brazo ejecutor de las posiciones más ortodoxas y erigirse en triunfales ejecutores de la caída del Tío.

Al mismo tiempo, darle el carácter de derrota al cumplimiento del deber de lealtad anunciado por el propio Cámpora el día siguiente, cuando solo habían transcurrido 49 días desde su asunción.

Por eso desde la J.P. se interpretó que aquella decisión del Tío que habilitaba a “nuestro Conductor” a ir por una nueva (tercera) presidencia, era un objetivo por el cual el peronismo había luchado durante 18 años y que tal como el mismo Perón lo había reconocido ese mismo día 13 de julio, Cámpora no hacía sino cumplir con su compromiso inicial y deber de lealtad asumido, para favorecer ese cometido. Aquel anhelo histórico se había sintetizado en la consigna “Cámpora al gobierno, Perón al poder” y por consiguiente, en esa etapa, nadie podía atribuirse como un triunfo lo que era el cumplimiento de una de las mayores virtudes de todo peronista, que era la lealtad.

Por su parte, la voluntad de Perón de recuperar la centralidad del Poder político en la Argentina, no estuvo

para nada ausente en ese momento.

En ese marco, desde la juventud peronista convocaron a estrechar filas - *“por la liberación, en contra de la dependencia, luchando por la bandera de Perón Presidente para la Reconstrucción y la Liberación Nacional”* - y se sumaron a la campaña electoral, con un renovado compromiso, tal como lo habían hecho unos meses antes.

Perón Presidente

La recuperación de la Presidencia por Perón, tras las elecciones del 23 de septiembre, significó la concreción de una aspiración política postergada durante años por amplios sectores del país y en términos de la historia político institucional de la Argentina, la expectativa del cierre de un período de recurrente inestabilidad iniciado en junio del 55.

De todos modos el hombre que volvía a ser electo no era el mismo al de la década 45/55 y el país, donde la historia reciente había demostrado el fracaso de todos los intentos de gobernar con la exclusión del peronismo, ciertamente era también otro bien distinto.

En tanto la realidad latinoamericana comenzaba a perfilar el papel intervencionista que EE.UU. y el gobierno republicano de Nixon se reservaba en el continente, avalando, cuando no instigando el derrocamiento de gobiernos populares en la región. Ese había sido el caso del nacionalista popular del General Juan José Torres en Bolivia, en 1971, el reciente autogolpe de Juan María Bordaberry en Uruguay o el derrocamiento unos días antes, del gobierno socialista chileno de Salvador Allende.

Ahora, el “mito” que había influido en la política argentina a miles de kilómetros y en el exilio se había corporizado e instalado en el “teatro de operaciones” reuniendo en sí mismo la legitimidad de la voluntad popular

y la formalidad institucional que le confiaría los atributos para gobernar los destinos de su país.

Aunque sería la propia realidad interna la que no pararía de dar sorpresas y cuando el alborozo por el triunfo electoral popular no había alcanzado a apagarse, un nuevo episodio de violencia política produjo un gran estremecimiento

La muerte de José Ignacio Rucci en un atentado contra su vida, dos días después, tuvo una inmediata y muy clara caracterización por el propio Perón, al que se le atribuye haber dicho "me cortaron las piernas", conmovido por el episodio.

La política del Pacto Social requería el sostenimiento por parte del gremialismo. También de los empresarios, pero a estos no se le podía demandar la fidelidad que sí se le reclamaba -era natural- al sindicalismo peronista y cómo podía, este lo estaba cumpliendo. No había duda, por lo tanto, del lugar de privilegio que Perón asignaba al sindicalismo tradicional y en particular a Rucci, al frente de la estructura cegetista.

Ese episodio tuvo todas las connotaciones de un mensaje directo y brutal. En apariencia destinado a impactar en el corazón, (el centro de gravedad o neurálgico, se decía) de la "burocracia sindical". Pero el destinatario real no era otro que el mismísimo Perón, quien a los pocos días, en una charla en la CGT, ratificó al movimiento obrero en su condición de -"columna vertebral del peronismo"-.

El episodio recalentó la situación interna del peronismo, retroalimentando el macartismo de unos, que se consideraron habilitados para desplegar todas las armas (posiblemente nunca tan elocuentemente válido el término) en pos de vengar la afrenta de otros.

De poco valieron en tal sentido las palabras de Dardo Cabo desde el número 24 de la revista *El Desacamisado*, en su carácter de director de dicha publicación, instando a - "parar la mano"-, para buscar las causas de la violencia política y así evitar -decía el editorial- que caminos falsos lleven a soluciones falsas.

La eliminación de Rucci, más allá de las consideraciones de índole ético políticas del caso, en la práctica, borró con el codo las apelaciones a volcar todo el esfuerzo militante en el desarrollo de los frentes de masas. Y en el caso particular, la voluntad de implementación de políticas correctas para el crecimiento en el seno del Movimiento Obrero, que se hacían desde la Juventud Trabajadora Peronista (JTP).

Aquella respuesta desnudaba una notoria limitación a la hora de intentar resolver las contradicciones políticas por medio de la práctica estrictamente política en el seno de las masas. La ascendiente militarización del pensamiento político y la consecuente recurrencia a la violencia, fue el reconocimiento de una notoria debilidad, de una manifiesta limitación para darse una política correcta que le permitiera crecer y desarrollarse en el seno del Movimiento Obrero.

La réplica, igualmente incorrecta, provino del Consejo Superior Peronista. El "documento reservado" dirigido a los Delegados del Movimiento, constituyó poco menos que un llamado a iniciar una cruzada contra los grupos a quienes consideró enemigos infiltrados, y consiguientemente se debían -"*...atacar en todos sus frentes y con la mayor decisión*"-.

La apuesta a la libre interpretación de estas directivas, en particular aquellas referidas a la utilización de -"*todos los medios que se consideren eficientes*"-, configuró una irresponsabilidad orgánica del Partido Justicialista.

El notorio incremento de los niveles de violencia que como contrapartida tuvo por destinatarios a militantes y locales de la Juventud Peronista, dio cuenta cabal de aquellas directivas.

Perón Presidente

En este estado de cosas, envejecido y enfermo, el 12 de octubre Perón asumió la Presidencia de la Nación.

La simbología que revistió su presencia en la Casa Rosada, frente a la multitud que allí se congregó, enfundado en su uniforme de General del Ejército Argentino, fue a la vez, controversial y conmovedora. En esta nueva oportunidad, de la mano de la legitimidad institucional que emanaba de la soberanía popular, estaba otra vez en aquel balcón, para decirles que volvía a ser su jefe.

El pueblo reunido en la Plaza, en tanto, casi enloqueció cuando volvió a escuchar de su propia voz aquella palabra mágica en el imaginario peronista: ¡Compañeros!

Fue sumamente conmovedor para aquellos viejos peronistas que lo habían escuchado antes, durante su primer gobierno.

Pero también una emoción nueva para los más jóvenes, aquellos que se habían incorporado durante sus años de exilio, -*"florecidos en las nuevas tandas"*-, tal como los describió en esos días un poema dedicado a Juan Ramón Cascallares, un militante de la J.P. barrial platense y que apenas si lo habían escuchado a Perón en grabaciones o en algún documental de circulación clandestina.

De ese modo, habían oído quizá aquellas voces del 17 de octubre del 45, la primera vez que usó el balcón de la Casa Rosada, o los de algún 1º de Mayo, o los amenazantes del cinco por uno cuando su primer gobierno comenzaba a agonizar. Pero ese día Perón reapareció nuevamente y entonces toda aquella historia pareció por un instante resumirse misteriosamente en su persona.

El discurso -pronunciado tras un grueso cristal- fue breve, mucho más de lo que todos sin duda esperaban escuchar después de tantos años. Estuvo enmarcado en la responsabilidad que significaba en términos personales volver a gobernar su Patria y exhortó a los argentinos, -en particular a los peronistas- instándolos a poner desde el día siguiente toda la actividad al servicio de la reconstrucción de la Patria; puso énfasis, especialmente en la necesidad

de reconstruir el país. También habló de paz, de unidad y solidaridad, como requisitos necesarios para ese cometido.

En términos conceptuales reiteró la línea discursiva mantenida desde su regreso a la Argentina y desde el plano institucional, en los días siguientes ratificó la plana ministerial designada por su antecesor, asegurando además la continuidad del Pacto Social.

Obviamente, también la del Ministro encargado de conducir la política económica.

Pero llegado fin de año, el andamiaje comenzó a complicarse. Por entonces, los aumentos en los costos de la producción industrial, como consecuencia del alza de los precios internacionales del petróleo, circunstancia que los economistas dieron en llamar “inflación importada”, intranquilizaron a los empresarios, quienes se consideraron habilitados para dar inicio a sus reclamos por la disminución de su rentabilidad primero y más tarde violando lisa y llanamente los acuerdos de precios, agregándole mayor inestabilidad al Pacto Social.

Aquellas demandas provocaron las idas y vueltas de la conducción económica, que en principio convocó a la Comisión de Precios, Salarios y Nivel de Vida, y en el mes de diciembre anunció la aprobación de incrementos en los precios de 200 productos, medida que rápidamente fue dejada sin efecto por la Secretaría de Comercio, fundamentalmente debido a la oposición del propio Perón. En su reemplazo se acordaron medidas cambiarias tendientes a subsidiar la importación de alrededor de 300 insumos considerados estratégicos.

Fueron los primeros cimbronazos de la política económica.

Otra iniciativa parlamentaria propuesta por el gobierno de Perón, fue la modificación al Código Penal, por el que se ampliaba la figura de la asociación ilícita y establecía penas más severas.

El proyecto, generó no poca oposición, atribuyéndole una vaguedad tal que, al quedar muy difusos los márgenes de aquella figura penal, permitía involucrar hasta los reclamos obreros. Puntualmente se le recriminaba estar desdibujados los contornos de la figura penal y también se advertía sobre su posible utilización para reprimir demandas obreras.

No obstante, fue aprobado antes del fin de año en el Senado, aunque su tratamiento en la Cámara de Diputados fue diferido para el año entrante.

Desplazamiento de Bidegain

Durante el verano de 1974 otro grave episodio de violencia política provocó el enrarecimiento del clima político, en este caso en la provincia de Buenos Aires, con consecuencias varias. Un comando del ERP, atacó el Regimiento de Caballería Blindada con asiento en la localidad de Azul.

De poco valieron las descalificaciones o el repudio de la JP.

Desde el año anterior, Victorio, el “Tano” Calabró, su vice gobernador, se había constituido en vocero explícito de quienes se proponían el desplazamiento del Gobernador Bidegain.

Primero un atentado contra Rubén Dieguez, metalúrgico, titular de la CGT platense y estrecho colaborador del vicegobernador, que luego se conoció que no fue tal, declaraciones adversas al gobierno como las de Antonio Balcedo, responsabilizando a Bidegain del mismo y luego un forzado paro general impulsado por la CGT platense, no habían alcanzado su cometido.

Pero esa vez fue la reacción del gobierno nacional la que no se hizo esperar, con un severo cuestionamiento de Perón a la violencia.

Emblemáticamente vestido con el uniforme militar, no sólo era la representación de la figura presidencial, sino la de un comandante alertando sobre la guerra sin cuartel contra la subversión que, se supone, entraba ese día en su etapa decisiva.

En su discurso le atribuyó “tolerancia culposa” al gobierno bonaerense quien se vio obligado a renunciar. No fue el caso del vicegobernador Calabró, que inmediatamente ocupó su lugar.

Un dato no menor fue que la candidatura de Bidegain había sido tenazmente resistida por la UOM, el gremio al que pertenecía Calabró, que había visto frustrada la candidatura de Luis Guerrero, su secretario adjunto nacional.

Los hechos de Azul fueron de ese modo la excusa funcional a la avanzada contra otros mandatarios provinciales a los que les endilgó su relación con la J.P. Entre ellos se incluyó al Gobernador Obregón Cano, de Córdoba, Ragone, de Salta, Martínez Vaca, de Mendoza y Cepernic, de Santa Cruz.

Si bien uno de los cuestionamientos que se le hacían a Bidegain fue su estrecha relación política con la J.P. como había quedado demostrada con su presencia el 18 de marzo del año anterior en la inauguración del local central de la agrupación juvenil en la calle 12 entre 45 y 46 y la incorporación de muchos jóvenes a su gestión, también se cuestionaba la composición de su Gabinete (la presencia del doctor Floreal Ferrara, particularmente) y determinadas acciones promovidas por sus Ministros.

Ese fue el caso del Parlamento Agrario de la Provincia de Buenos Aires que se realizó en Lincoln, donde cerca de cinco mil participantes debatieron sobre el régimen de tenencia de la tierra. La mayoría de los oradores fustigaron al que consideraban el enemigo fundamental, - *“el Imperialismo y sus aliados nativos”*-, que fueron consolidando un sistema de dependencia que empobrece y vaciaba el agro.

Los reclamos de modificación del régimen agrario de los productores reunidos en Lincoln, para nada resultaban ajenos a los que, en La Rioja, impulsaban en ese mismo tiempo los campesinos organizados en torno del Movimiento Rural Diocesano, que patrocinaba el Obispo Enrique Angelelli.

Otras de las razones posiblemente se vincularon con la recriminación que se le formuló por la organización del Operativo de Reconstrucción Provincial "Manuel Dorrego". Allí participaron cientos de militantes de la J.P. junto con el Ejército y estuvo orientado al auxilio de los habitantes de una extensa región inundada del centro-oeste bonaerense.

Aunque la presencia de un incondicional como Julio Troxler en la Jefatura de la Policía provincial y fundamentalmente la frustración del intento de manejo del Banco de la Provincia y el Hipódromo provincial, por el vicegobernador estuvieron también entre los disparadores de la destitución.

A partir de allí se avivó la cuestión de la rápida sanción del proyecto de reforma al Código Penal, por parte de los Diputados Nacionales.

La reunión de doce representantes parlamentarios nacionales juveniles con Perón, solicitada con la finalidad de poner de manifiesto sus diferencias con la iniciativa, pintó el verdadero cuadro de situación en su relación con el Presidente.

Tras ese encuentro, presentaron su renuncia a las bancas 8 diputados nacionales enrolados en la J.P.

Fue aquella una decisión controversial de los jóvenes legisladores, inexplicable para quienes se aferraban a los cargos en función de privilegiar sus destinos políticos personales. Ellos en cambio, lo consideraron expresión de *"una conducta invariable; anteponer primero los intereses de la Patria; preservar luego la unidad de nuestro Movimiento sacrificando los honores personales."*

Desencuentro

Si bien es cierto que el 1° de mayo es una conmemoración que recuerda la lucha de los llamados “Mártires de Chicago”, e históricamente había tenido un contenido de clase y confrontativo, también era posible recordar el carácter celebratorio que había tenido durante “los gobiernos del General”.

Aquel recuerdo habilitaba también a rescatarlo como un momento ideal de interlocución entre “el líder y las masas”.

Así había sido efectivamente en aquellos tiempos y por eso también un amplio sector del Movimiento, se habían reservado alguna pregunta a formular públicamente ese próximo día de los trabajadores al nuevo gobierno popular.

Ese 1 de mayo de 1974, después de una semana en que desde los distintos sectores se había dado prioridad al marco de tranquilidad que la realización aconsejaba, ya que nadie había olvidado el antecedente de Ezeiza, masivas columnas movilizadas bajo los marcos organizativos de la Juventud Peronista, lograron una contundente presencia.

Pero mayores notoriedades tuvieron cuando al promediar el acto, ese mismo sector de la concurrencia abandonó la Plaza. Fue después que el Presidente los calificara primero de estúpidos y luego de imberbes, seguramente por el enojo que le provocó aquella pregunta postergada hasta ese momento: *-¿qué pasa General, que está lleno de gorilas el gobierno popular?-*.

Posiblemente la ofuscación había comenzado a gestarse un momento antes, cuando durante los prolegómenos de la fiesta, que incluyó la coronación de la electa Reina del Trabajo, por su esposa Isabel Martínez, los jóvenes habían recordado que “...*Evita hay una sola*”, o cuando también en un clima de creciente tensión, pidieron la destitución de algunos desprecidos funcionarios, al grito de: *-“...queremos la cabeza de Villar y Margaride”-*.

Vilar era un especialista en la lucha antisubversiva

recordado por ordenar, siendo sub-jefe de la Policía Federal, la represión y el intento de secuestrar los féretros con los cadáveres de los presos políticos fusilados en Trelew durante su velatorio en el local capitalino del Partido Justicialista. Luis Margaride por su parte, fue famoso por sus razzias en hoteles alojamientos en la década del 60, especialista en descubrir infieles en camas de otro, al frente de la Superintendencia de Seguridad Federal.

Quizá pueda afirmarse que los desencuentros habían comenzado mucho antes y no hay sin embargo todavía, uniformidad en orden a dilucidar hasta qué puntos aquellos tuvieron que ver con responsabilidades sectoriales o de algún modo estaban inevitablemente en la propia “naturaleza de la cosa”.

La cosa claro está, es nada menos que la identidad política adoptada durante años por el movimiento popular en la Argentina: el peronismo. En su propio proceso y desarrollo histórico.

Semejante gesto, representó el mayor nivel de cuestionamiento público a la gestión del gobierno peronista y al liderazgo del propio Perón, cuya consiguiente respuesta preanunció el advenimiento de trágicas tempestades.

Fue un episodio que dejó una profunda marca, fundamentalmente en esas jóvenes generaciones incorporadas a la militancia política con el peronismo en el llano, durante los años en que tras su derrocamiento por la revolución Libertadora el peronismo estuvo perseguido y proscrito.

Aquella fue sin duda una jornada amarga para quienes hasta ese momento al menos, Perón seguía siendo algo más que el jefe, el conductor o el líder de un movimiento nacional de masas.

Pero sin duda, y quizá lo más trascendente, fue que se trató de un episodio que evidenció el progresivo debilitamiento del campo popular.

El espacio físico vacío que quedó en la Plaza fue elocuentemente mostrado por los medios gráficos de entonces, pero su significación política perdura, polémica y controversial, hasta hoy.

Un momento ganado por variassensacionesentrelazadas, que iban desde la bronca y el dolor, a la incertidumbre y la desolación producto de una creciente intuición de naciente orfandad política.

Bronca, por la dificultad que representaba administrar correctamente la tensión que comenzaban a generar las diferencias que habían empezado a asumir en la caracterización y consideración respecto del rol de Perón, por su objetiva y explícita predilección -en esta etapa- por otro sector interno del Movimiento. Volvía a apelar a uno de sus recurrentes vaivenes conductivos, y en este caso ponía a prueba La responsabilidad de los jóvenes, de cara al pueblo y a la historia .

Dolor inevitable, que agobiaba la fortaleza de tantos que se habían incorporado a la lucha durante la heroica gesta resistente del peronismo y agredía la memoria de muchos de los que durante aquellos años hicieron realidad aquella consigna que planteaba: -“la vida por Perón”-.

Se consideraban parte de aquella juventud maravillosa, reconocida de ese modo por el propio Perón y tras su regreso, se habían ilusionado con la asunción de un gobierno popular. Desde aquel momento, sin embargo, decepcionados, pasaban a ser estúpidos e imberbes.

Asombrosamente, este término no era la primera vez que era utilizado para una descalificación política de la J.P. Antes, la había usado Ciro Ahumada, lugarteniente del despreciado coronel Osinde en el memorándum que confeccionó dando “su” versión de los hechos del 20 de junio, pretendiendo descalificar al Ministro del Interior del gobierno de Cámpora.

Nadie, sin embargo, ignoraba la significación que tenía el rol del conductor de masas como fenómeno típico de la tradición movimientista nacional popular en nuestra historia política y de allí la significación de esa desafortunada circunstancia después de años de concebirlo y reconocerlo como el líder, como así que Perón expresaba en ese momento el mayor punto de acumulación política del campo popular alcanzado desde 1955.

Personalmente recuerdo aquel momento, ganado por varias sensaciones entrelazadas, que iban desde la bronca y el dolor, a la incertidumbre y la desolación producto de una creciente intuición sobre nuestra naciente orfandad política.

En verdad se trataba de una situación conmovedora y fueron aquellos días muy confusos, contradictorios, que nos imponía mucha serenidad para analizar con claridad lo que estaba sucediendo.

Ello disparó rápidamente la polémica entre la militancia, que se reprodujo en infinidad de discusiones y debates desarrollados ya sea de manera orgánica, en sus locales o espontánea.

Con el tiempo la noticia sobre un agravamiento de la salud de Perón, incorporó una mayor dosis de preocupación.

Un nuevo “responsable”

En consonancia con la propuesta denominada “Bases para la Nueva Universidad” aportado por la Federación Universitaria para la Revolución Nacional (FURN), apoyado por los trabajadores no docentes

enrolados en ATULP, a fines del 73, en la Universidad de La Plata se creó el Departamento Central de Planificación. Fue una de las decisiones medulares del proyecto que la nueva gestión encabezada por el Dr. Rodolfo Agoglia se propuso implementar.

Su misión fue formular la política educativa y científica, planificar y supervisar la docencia e investigación, impartir la enseñanza de formación política, social filosófica e histórica común a todos los estudiantes, y programar la organización de la carrera docente.

Se trató de una medida innovadora, que prestigio el valor de la planificación, en este caso aplicado a las líneas fundamentales sobre las que debía apoyarse tanto la enseñanza como la investigación, como un concepto rector en materia de gestión universitaria.

De algún modo también, podría afirmarse que este proyecto retomó, adecuándose a las circunstancias de su época, el concepto de la planificación que había contenido la ley universitaria sancionada en 1947, conocida como Ley Guardo.

La designación al frente del Departamento de Planificación del Médico Veterinario Carlos Miguel, primer conductor de la FURN y una de las plumas redactoras de "Las Bases." junto a la de Rodolfo "el turco" Achem en el cargo de Secretario de Supervisión Administrativa, corporizó la presencia en la conducción universitaria de uno de los sectores más comprometidos en su fortalecimiento: los trabajadores no docentes.

Hasta ese momento, Miguel se había desempeñado como secretario académico de la Facultad de Ciencias Veterinarias y en su reemplazo fue designado el Médico Veterinario Carlos Irasola.

El "Goya", como se lo conocía entre la militancia, era un joven proveniente de General Villegas, que como tantos se había sumado a la militancia política.

A principios de 1974, al año siguiente de su nombramiento en la Facultad, fue también designado como “responsable” de la Lesgart y como tal se sumó a las tareas que desde allí se organizaban en el barrio.

Unos meses antes, se había casado con María Delia “La Flaca”, también compañera militante.

Por ofrecimiento del Goya, también se incorporó Jorge, un compañero que provenía de la militancia universitaria, en la FURN y a punto de graduarse de abogado, pasó al frente barrial.

También en ese tiempo se acercaron a participar de las actividades de la Unidad Básica dos compañeras que no eran del barrio: “la Mendo”, sobrenombre que denotaba su origen provinciano y que estudiaba medicina y Cecilia, “la Negrita”, que había venido de Iquitos, en el Perú, a estudiar arquitectura.

Un único heredero

En medio del enrarecimiento de la situación socio económica amplificada por la prensa opositora y en medio de rumores de renuncia, en la mañana del 12 de junio de 1974, en un discurso desde el Salón Blanco de la Casa Rosada, Perón planteó que había llegado la hora de reflexionar acerca de lo que estaba pasando en el país.

En esa circunstancia, volvió a plantear la centralidad de la reconstrucción y la liberación nacional contra la dependencia como objetivo de su gobierno.

“Yo vine al país para lanzar un proceso de liberación nacional y no para consolidar la dependencia... Yo vine al país para ayudar a reconstruir al hombre argentino, destruido por largos años de sometimiento político,

económico y social...La unidad que propusimos tenía fines muy distintos a los que suponen esas mezquindades. Fue para concretar la liberación nacional y no para darles coraje a los enemigos de nuestra patria.”

Y avanzó en su cuestionamiento a quienes “...están saboteando nuestra independencia, “y quienes intentan socavar las bases del acuerdo social, forjado para lanzar la Reconstrucción Nacional.”

Lo hizo en referencia al acuerdo entre trabajadores, los empresarios y el Estado, que se había firmado con anterioridad al 25 de mayo del año anterior como base para la política económica y social del Gobierno. Al respecto señaló:

“... Todos los que firmaron en dos oportunidades ese acuerdo, sabían también que iban a ceder una parte de sus pretensiones, como contribución al proceso de la liberación nacional. Sin embargo, a pocos meses de asumir ese compromiso clave para el país, pareciera que algunos firmantes de la Gran Paritaria están empeñados en no cumplir con el acuerdo, y desean arrastrar al conjunto a que haga lo mismo...”

A ellos los consideró minorías irresponsables a los que acusó de sabotear la reconstrucción nacional y enemigos de la liberación nacional y en una identificación clara de los sectores aludidos, afirmó:

“Frente a esos irresponsables, sean empresarios o

sindicalistas, creo que es mi deber pedirle al pueblo no sólo que los identifique claramente, sino también que los castigue como merecen todos los enemigos de la liberación nacional.”

Tampoco ahorró su crítica a la “*prensa oligárquica*”. Finalmente instó a:

“...cada uno que comparta las inquietudes y fines que perseguimos...”, a no ser testigos mudos de los acontecimientos, sino un “...protagonista activo y diligente en la defensa de los intereses comunes de los argentinos. (...) el único sucesor de Perón será el pueblo argentino.”

En ese marco, los sectores sindicales resolvieron rápidamente la realización de un paro general a partir de esa mañana y convocaron a movilizarse hacia Plaza de Mayo. En tanto los sectores juveniles, sorprendidos por esa iniciativa, al menos en el caso de La Plata, demoraron su partida en un plenario abierto que improvisaron en Plaza Italia.

Cuando por la tarde finalmente decidieron marchar hacia Buenos Aires, el general Perón ya había hablado desde los balcones de la Casa de gobierno.

Fue su último discurso, para ratificar que había vuelto al país para lanzar un proceso de liberación nacional y no para consolidar la dependencia y agradeciendo el apoyo popular, culminó con aquella recordada frase: “*llevo en mis oídos la más maravillosa música que para mí es la voz del pueblo argentino..*”

Muerte de Perón

Unos días después trascendió un informe sobre la salud de Perón que generó preocupación. Lo firmaban los doctores Cossio y Taiana y daba cuenta que padecía desde hacía dos días “...una broncopatía infecciosa que por su intensidad había repercutido sobre su antigua afección circulatoria central.”, por lo cual aconsejaban su reposo absoluto. El parte fue emitido el día 28 de junio.

Tres días después, el lunes 1 de Julio, la noticia de su muerte, aunque concebida como una posibilidad, causó una extendida consternación que fue graficada por un medio periodístico en su titular con tan solo una palabra que encerraba todo el sentimiento popular: *DOLOR!* Y en su bajada, afirmaba: “en la conciencia de millones de hombres y mujeres la noticia tardará en volverse tolerable.”

De modo generalizado la prensa local tuvo elogiosas palabras de recordación de la figura de Perón, con la salvedad de “La Prensa” que siguió considerándolo un “totalitario”.

En contraste, en todo el país, ese mismo día, el recogimiento se expresó en innumerables altares populares que levantaron en Unidades Básicas, talleres, fábricas y hogares. También desde distintos lugares fueron llegando miles de argentinos que de modo individual y espontáneo u organizado en sus agrupaciones, se movilizaron para despedir al viejo líder.

Esa vez, la algarabía de los bombos dio paso al silencio por la tristeza profunda y el recogimiento. La lluvia pertinaz que cayó durante casi tres días, si bien lo complicó todo, no impidió sin embargo que un pueblo dolido acompañara estoicamente en su partida al general del Pueblo.

En el barrio de la Lesgart, ese mismo sentimiento invadió el estado de ánimo del vecindario. Pronto en la U.B. se organizó un altar popular, con una inmensa imagen de Perón, al que los vecinos, entre la congoja y hasta el llanto,

encendieron velas y le colocaron flores cortadas en sus patios.

Muchos también se movilizaron de modo organizado para ir al velorio en el Congreso Nacional, en Buenos Aires, que duró hasta el jueves siguiente. El Goya se lamenta todavía hoy:

“...la semana anterior, mientras participaba en una jornada de construcción de las veredas, se me cayó una laja en el pié y tuve que hacer reposo por unos días..y no pude darle el adiós al Viejo..”

Con posterioridad al fallecimiento del General Perón, la situación política en el país y particularmente al interior del peronismo, revelaba que el espiral de violencia iba creciendo, agudizando cada vez más las contradicciones en el seno del peronismo, enrareciendo aceleradamente el necesario marco de serenidad que la reflexión política demandaba.

En particular, la actividad de grupos parapoliciales vinculados a sectores de la derecha del peronismo, identificados con las Tres A, produjeron cientos de ataques a locales políticos de la JP y comenzaron a perseguir a sus militantes.

Quizá el hecho más emblemático por entonces, fue el asesinato el 20 de agosto de 1973 de Julio Troxler, sobreviviente de los fusilamientos de 1956 y quien se había desempeñado durante la gestión del gobernador Bidegain, como sub jefe de la policía de la provincia de Buenos Aires.

En La Plata, en tanto, el día 7 de agosto, un comando de las Tres A, protagonizó un escalofriante raid secuestrando y dando muerte al dirigente de los trabajadores petroleros Carlos Pierini, al licenciado en comunicación social Luis Macor, a Horacio Chávez, dirigente del justicialismo local de destacada actuación en la resistencia peronista, y estrecha

vinculación con la Juventud Peronista y a su hijo Rolando.

Además, el 8 de octubre, se registró otro episodio violento, en este caso contra autoridades de la UNLP. Ese día otro comando perteneciente a las Tres A dio muerte a Rodolfo Achém y a Carlos Miguel, Secretario de Supervisión Administrativa y Director del Departamento Central de Planificación de la Universidad Nacional de La Plata, respectivamente.

En esa oportunidad, las balas asesinas no solo estuvieron orientadas a acabar con la vida de quienes personificaban la máxima expresión de la tradición nacional y popular en la Universidad platense. Los sicarios le apuntaron al corazón de un proyecto que había comenzado a implementarse en la Universidad Nacional de La Plata, como resultado de un proceso previo de discusión y elaboración entre estudiantes peronistas, junto con los trabajadores no docentes y docentes.

En tanto el 1 de octubre de ese año, el Congreso de la Nación sancionó la ley 20.840 de represión del terrorismo económico, ideológico y bélico, que comenzó a ser aplicada lenta pero inexorablemente a la serie de conflictos, fundamentalmente laborales, que empezaron a dispararse en distintos lugares del país, y colocó a activistas y militantes en el foco de la mirada judicial. Aquella política represiva se intensificó mucho más a partir del mes siguiente, cuando el Poder Ejecutivo dispuso la vigencia en todo el país del Estado de Sitio, que conllevó la suspensión de todas las garantías establecidas por la Constitución Nacional.

En otra de esas acciones, al anochecer del 6 de noviembre, un grupo parapolicial de las Tres A, llegó hasta la casa que el Goya y su compañera, compartían con El Negro Piñeyro y Nora. Tanto La Flaca como El Negro, que había renunciado a su cargo en la República y ahora trabajaba en el Comedor Universitario, no se encontraban en el domicilio.

Allí solo estaban esa noche el Goya y Nora, quienes,

advertidos de la presencia de la patota, lograron escaparse por los fondos de la vivienda. Pese a su avanzado embarazo, Nora trepó el muro medianero ayudada por el Goya y así lograron preservar sus vidas. Después también lograron encontrar a la Flaca y esperar la llegada del Negro para ponerse a salvo los cuatro.

A partir de allí debieron modificar sus rutinas y con premura, mudar sus domicilios. Mientras Nora y el Negro se fueron a vivir a 131 y 80 a lo de unos compañeros, el Goya vivió unos días en la casa del Rusito Ivanovich.

Unos días después, al atardecer, el Goya junto a su compañera, se aproximaron al barrio y en un encuentro muy breve, aunque para nada desprovisto de una profunda emotividad, en un cruce de calles cercano a la U.B. le comunicó a un par de compañeros que por cuestiones de seguridad debía dejar también de participar de las actividades políticas en la zona.

En tanto, algo similar debieron también pasar El Negro y Nora, luego que, a fin de aquel mes de noviembre, en una clínica de la zona de La Cumbre, casi de un modo clandestino y con la colaboración de Graciela Lazzarini, una médica amiga, Nora diera a luz a su primer hijo. Unos días después partían para radicarse temporalmente en Quilmes.

Creciente enrarecimiento del clima político

En julio del año siguiente, un grupo de tareas vinculado a la ultraderecha peronista asesinó al Intendente de La Plata, Rubén Cartier, El motivo aparente fue su oposición al creciente acercamiento del gobernador Victorio Calabró con militares golpistas que ya habrían anunciado su decisión de destituir el gobierno constitucional. Ese día 14 se supo que Cartier iba camino a Buenos Aires, para reunirse en un hotel céntrico con el gobernador de La Rioja, un

notorio “isabelista, empeñado en defender la continuidad del gobierno, conmovido por varias circunstancias críticas, que tuvieron durante ese año en el “Rodrigazo” su expresión más elocuente

En la oportunidad, Juan Pedro Brun, en su condición de Presidente del Concejo Deliberante, ocupó el lugar de Cartier al frente del Municipio. Babi Molina, por su parte, si bien ocupaba la vicepresidencia, debió apartarse de la posibilidad de asumir la presidencia del Concejo Deliberante en reemplazo de Brun. Las amenazas y presiones de Calabró le impidió hacerlo y fue en cambio Berta Rosa Centenari Heredia quien lo hizo, constituyéndose en la primera mujer que presidió ese Cuerpo.

En ese marco de convulsión política y precarias condiciones de seguridad, los militantes de la Lesgart, cerrado ya el local de la U.B. comenzaron a reunirse en algunas casas de compañeros vecinos que se animaban a facilitarles, de modo cada vez más esporádico.

En ese estado los encontraría el golpe del 24 de marzo de 1976.

Pero esa es ya otra y lamentable historia.

Ayer y hoy

En su medida y acorde con sus posibilidades, muchos de aquellos militantes de los setenta que participaron de la experiencia de “la Lesgart” impulsando el sueño del retorno de Perón y de un gobierno popular a nuestro país, sobrevivientes de -“*la fuerza brutal de la antipatria*”-, continúan hoy comprometidos con la Patria.

Por estos días, uno de los miembros fundadores, Juan Carlos Di Lorenzo, aquel al que llamaban “el cura” y quien hoy mantiene viva su vocación, que comparte con su renovada militancia social y política, recuerda:

“Fueron años de mucha pasión y compromiso con la Patria y la historia del Peronismo militante. Siento un gran orgullo de haber sido parte de esos momentos... Creo que, con muchos errores y falencias, fueron los años más importantes de mi vida”

Y más adelante, aludiendo a los últimos años de nuestro país, reconoce:

“Gracias a Nestor y Cristina me reencontré con los compañeros de esa época y me entusiasma poder contar nuestra historia a las nuevas generaciones. Cada vez que voy a una marcha de la Cámpora, me veo como en un espejo, junto a todas las compa˜eeras y compa˜eeros”

El Goya, radicado en la Patagonia, mantiene un compromiso permanente con el desarrollo de formas comunitarias y sustentables de producción agropecuaria desde la Cooperativa de Trabajo Surgente, de Bariloche.

Actualmente, participa en el impulso de una red de 17 organizaciones de consumidores y productores de Viedma, Roca, Fernández Oro, San Martín de los Andes, Junín, Villa la Angostura, Ingeniero Jacobacci, Bariloche y Bolsón, denominada “Alimentos Cooperativos Patagónicos”.

En tanto Nora Peralta, otra de las originarias, vuelve con mucha nostalgia y también alegría, a aquellos días fundacionales de la Lesgart, para recordar su esperanza compartida con tantos jóvenes de su época y se˜ala

“La misma esperanza que a mis 72 a˜os me encuentra militando con similar compromiso y acompa˜ando a nuevas

generaciones de jóvenes comprometidos en la construcción de una Patria donde se respire justicia, libertad y soberanía... donde no haya más un niño o un viejo que pase hambre.” y parafraseando la marchita, concluye: “..donde reine el amor y la igualdad...”.

Por su parte, Pocha Camiña, quien sigue viviendo en el mismo barrio, se emociona y en términos de pregunta y afirmación al respecto señala:

“Quien va a ignorar lo que pasamos en esa época”, y continúa trayendo aquel pasado militante que vivió en su juventud, a este presente, que la muestra activa, al frente de esa “casa peronista” abierta a la comunidad, en el que hace ya unos cuantos años transformó su propio hogar.

Ese lugar que en sucesivas oportunidades ofreció como espacio para apoyar las campañas electorales del peronismo, o puso solidariamente al servicio de sus vecinos durante alguna emergencia. Hace unos años fundó también allí una biblioteca popular, donde además se dictan clases del programa Fines.

También funciona un Centro de Extensión Universitaria, donde entre otros, se realizan talleres sobre violencia de género y sumada a la marea verde de los últimos tiempos, también desde allí, de modo colectivo debate, reflexiona y milita la construcción de un feminismo en clave Nacional y Popular.

A la biblioteca primero y al espacio en general lo llamó precisamente Susana Lesgart, *“...porque yo era de la Lesgart”,* dice, recordando con orgullo su inicio en la militancia política, en una Unidad Básica que quedaba cerca de su casa, en la esquina de las calles 22 y 82, en una prefabricada de madera que habían abierto los *“muchachos de la JP, con lo que me formé...”, a finales del 72*. *“Ellos fueron mis maestros”* continúa diciendo, asimilando la militancia política a una

suerte de actividad docente, y remata con ese pensamiento que expresa permanentemente:

“soy hija del Luche y Vuelvo y mi maternidad política fue la Unidad Básica Susana Lesgart”

La escritura, tratando de rescatar historias y el sentido de la lucha de nuestro pueblo por una Patria Justa, Libre y Soberana, es, por mi parte, una tarea que considero válida y en ella estoy actualmente comprometido.

